
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL CEREBRO DEL DRAGÓN
CURTIS GARLAND

«Ahora, venía la segunda parte del testamento de Fu-Manchú. Una vez incinerado su cadáver, aventadas sus cenizas a los cuatro puntos cardinales desde la Colina del Gran Kahn… llegaba lo demás.

Ella era la mano ejecutora. Pero detrás de ella, estaría siempre la mente rectora. El poder que iba más allá de la tumba: el cerebro de Fu-Manchú».



Curtis Garland

El cerebro del Dragón

Bolsilibros: Selección Terror - 143

ePub r1.1
xico_weno 02.09.16

Título original: *El cerebro del Dragón*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Como un recuerdo al más misterioso y terrible personaje que mi mente evoca, al echar la vista atrás y rememorar los días en que la literatura fantástica y de terror —un especial estilo de terror, ciertamente—, fue paladeada por el autor, de la mano maestra de un autor imaginario y original, un hombre llamado Arthur Sarsfield, pero cuyo nombre no diría nada a nadie, a menos que añadiéramos el dato de que su seudónimo literario fue el de… Sax Rohmer.

A él y a sus imborrables personajes, este humilde tímido homenaje del autor, como una simple evocación de otros tiempos, otras formas de terror, quizá más ingenuas y fantásticas, aún dentro del contexto estrictamente humano de unos héroes y antihéroes que aquí, él autor, solamente recuerda como seres de otra historia que le es ajena. Y cuyo final marca el principio de otra aventura, ajena a las criaturas de Sax Rohmer, pero no a su mundo inquietante y fabuloso.

PRIMERA PARTE

LA MUERTE DEL DRAGÓN

CAPÍTULO PRIMERO

La extraña música se extendió, sincopada, por todos los largos corredores y los amplios salones.

Eran notas de cristal y de plata, tintineo de singulares instrumentos exóticos, pulsados por manos de delgados y ágiles dedos, de largas y curvadas uñas, muchas de ellas teñidas de tonos purpúreos o plateados.

El aire olía a incienso y sándalo, a maderas orientales quemadas. Los pebeteros despedían sinuosas y enroscadas volutas de humo aromático, casi adormecedor.

Lacas negras y rojas salpicaban puertas y muros. Cortinajes espesos, de vivo color, colgaban de los altos umbrales o cubrían las paredes decoradas de oro y de jade. El tono musical era lánguido, perezoso. Tenía motivaciones fúnebres en su fondo.

Era un ceremonial tétrico y misterioso. Un tributo a los muertos.

Tintineo de metales, castañeteo de cobre y de plata, formó un ritmo vibrátil y monocorde. Un gong oculto emitió tres golpes rotundos, metálicos, impresionantes. Y se hizo el silencio.

Alguien derramó sobre un pebetero de bronce, con cabezas de dragones, un manojo de hierbas azules y un polvillo plateado.

Brotó una llamarada súbita, azulada, del pebetero central. El humo que subió tenía también matices azules, espectrales. Un olor sutil, profundo, embriagador, a dulzones aromas desconocidos, flotaba por doquier, a lo largo de los pasillos sin fin y de las grandes salas, en cuyos suelos de baldosas negras y relucientes pisaban con sigilo, sin producir el más leve ruido, los calzados breves de las personas de larga túnica amarilla que deambulaban por doquier, como espectros desprovistos de voz.

Las luces tamizadas brotaban de farolillos de papel con colgaduras cristalinas. Eran tonos naranja, verde y rosado.

Dibujaban sombras y tonos fantasmales en los cráneos rapados y lustrosos de los personajes de túnica amarilla.

Un lejano runrún empezó a elevarse en el silencio. Una serie de rítmicas pisadas sordas emitieron su susurro apagado sobre las baldosas negras. Un portón enorme, de madera lacada, negra, salpicada de dragones y signos cabalísticos orientales, se abrió sin el más leve chirrido.

Una luz fantástica, escarlata, como un baño de sangre luminosa, emergió allá al fondo, haciendo bailotear largas sombras en los muros, agitando extraña y fantásticamente a las figuras humanas que, como seres de ultratumba, se movían descalzas hacia la sala central donde el pebetero de bronce seguía emitiendo leves llamas azules, y su humo, enroscándose y distendiéndose en el aire cargado de efluvios aromáticos, daba la impresión de dibujar increíbles, alucinantes formas mitológicas en el aire.

El runrún se hizo coro de voces profundas, graves. Una especie de letanía inquietante, estremecedora, flotó en sonidos difusos por el ámbito del extraño lugar. Era como el cántico funerario de un miserere exótico, de lejanas tierras, de voces deshumanizadas, de ritos ignorados, de mundos que poco tenían en común con el que el hombre normal conoce.

Era una especie de larga comitiva la que llegaba al salón central, de forma octogonal. Entre las columnas altas, de piedra oscura, sobro las baldosas negras, relucientes como azabache, fueron asomando las altas figuras de flotantes túnicas amarillas, de rostros hieráticos, enmascarados por caretas grotescas, de enormes ojos desorbitados, fauces y colmillos de dragón.

Una treintena de aquellos seres inquietantes, se alineó ante el pebetero y las grandes cortinas rojas de la sala. El cántico se hizo solemne, y lo corearon las silenciosas hileras de los testigos de la ceremonia, alineados en círculo más allá del pebetero, tras los músicos de sexo femenino que tañían los raros instrumentos musicales.

Aquellos hombres rapados y silenciosos, que llegaban del corredor, bañados en una luz carmesí, que nadie parecía saber de dónde provenía, traían algo consigo. Algo sobre sus brazos levantados por encima de sus calvos cráneos.

Un féretro dorado y rojo. Un ataúd fantástico, envuelto en sedas

escarlata y oro.

Y dentro del féretro abierto, un cadáver. El cuerpo amortajado en negro de un hombre singularmente alto. Sin duda alguna, en vida, debió sobrepasar los dos metros. Ahora, la Muerte le hacía parecer infinitamente más alto y enjuto, sobre el lecho rojo de raso acolchado.

Depositaron, en silencio, siempre con aquel cántico hecho de simples notas guturales, el recipiente fúnebre sobre un ovalado mármol negro, como un altar, justo encima de unas figuras en lapislázuli y jade, incrustadas en la negra piedra. El salmo dantesco prosiguió, en torno a la figura inmóvil contenida en aquel ataúd.

Súbitamente, se descorrieron las cortinas negras, de terciopelo, que formaban el fondo del altar funerario.

Una figura apareció en el hueco amplio que los cortinajes dejaron a la vista. Una figura única, erguida, solemne, rígida.

La figura de una mujer. Una bellísima, fascinante, increíble mujer de raza oriental, ataviada totalmente de amurillo, con túnica y tocado de ese color, vivo y brillante, realzando el tono aceitunado suave de su piel, el rasgado exótico de sus ojos negrísimos, fulgurantes, y el laqueado negro de sus cabellos sedosos, largos, salpicados de aditamentos brillantes, de perlas, jade o piedras azules, en peines y adornos capilares.

Sus manos se alzaron a lo alto, unidas por las palmas, estirados sus dedos. Extraños, largos, sensibles dedos marfileños, rematados en uñas curvadas, increíblemente prolongadas y de color oro. Manos vibrantes, emotivas, en ofrenda silenciosa a ignorados e invisibles poderes supremos.

Su voz se elevó en una cantinela profunda, emotiva, emocionada y fría a la vez, como si recitase en una lengua oriental poco conocida incluso por expertos orientalistas, poemas o invocaciones al mundo de los muertos a donde ahora se encontraba el hombre del féretro, tendido frente a ella, sobre el altar negro de mármol.

Como fondo o coro a esas palabras indescifrables de la hermosa criatura que actuaba en aquella ceremonia a titulo de sacerdotisa única y suprema, los hombres de amarillo y las mujeres músicos emitieron murmullos religiosos, en una oración lúgubre.

La bella sacerdotisa extendió sus manos sobre el fuego azul del pebetero. Eran como dos pálidas y estremecidas arañas, flotando

sobre el fulgor azul. Los dedos, igual que patas sensibles, pálidas, marfileñas, se crispaban y estiraban, dibujando en el muro malignas sombras chinescas. De repente, de un enorme anillo de ópalo que aparecía en uno de los flacos dedos de la mujer, cayó algo al fuego; Hubo dentro de éste como un estallido. Una llamarada súbita brotó, con tonos verdosos, espectrales, y los presentes, aunque insensibles a las emociones, clavaron sus ojos inquietos en aquella luz.

Del fuego verde surgieron formas increíbles en humo verdoso, espeso, hipnótico: formas aladas, dragones y monstruos, rostros flotantes, de malévolos ojos oblicuos. Una especie de sorda risa flotó en el ambiente, como si brotara, aleteando, desde el fondo del mágico pebetero.

Una tensión súbita flotó en el ambiente, caso de modo tan espeso y material como las raras volutas de humo verdoso que adoptaban formas y figuras siniestras y delirantes.

Los ojos almendrados de todos los presentes, sin excepción, se fijaron en aquel cuerpo inmóvil que reposaba en el féretro dorado. Los labios se movían, modulando simples palabras cabalísticas, que nadie, salvo aquellos miembros de la hermandad reunida en el recinto fúnebre, hubiera sido capaz de comprender.

Palabras, sílabas monocordes, repetidas hasta lo obsesivo, como una letanía infinita y patética. Era un extraño, susurrante coro, digno de un rito ancestral y diabólico, en torno a la muerte… y «algo» más allá de la propia Muerte, que parecía flotar, desprenderse de todo aquello, como el humo fantástico se desprendía del pebetero siniestro.

Y, de pronto, la sacerdotisa de rara belleza, se dejó caer de rodillas ante el ataúd. Se hizo un repentino, increíble, total silencio. Tan profundo, tan completo, que hasta el leve jadeo de la respiración de la mujer se captó durante esa parte del ritual.

Agachada, besó el rostro rígido y cadavérico que yacía en el ataúd. Su voz se elevó, hablando ahora en el lenguaje tradicional del pueblo chino, el cantonés, sabido por todos en la calle y hablado por la gran mayoría de los orientales del Continente del Celeste Imperio:

—Padre, en nuestras manos encomendaste tu persona y tu espíritu… Yo, como hija tuya y heredera directa de cuanto fuiste y significaste, acepto el legado que me viene directamente de tu

sagrada voluntad. Y de ese modo, a partir de este momento, yo seré quien te represente y encarne hasta el fin de mis días sobre esta Tierra que tú has abandonado ya, sin que tus enemigos odiados te permitieran cumplir el sueño de tu vida: ¡el poder total sobre ella, el dominio de todos los hombres y pueblos, sean cuales fueran sus razas, creencias, política y religión! Yo, padre, en tu nombre… ¡juro que se cumplirá tu suprema voluntad, por encima de todos los obstáculos que se interpongan en mi camino a partir de ahora! Y vosotros, hermanos todos… ¡jurad! ¡Jurad, hermanos de sangre, ante los restos de vuestro amo y señor! ¡Jurad eterna fidelidad y devoción a la que, por ser hija de vuestro dueño, y heredera de su legado de sabiduría y poder, será, desde hoy, la nueva cabeza rectora de nuestra Hermandad! ¡Jurad…!

Un murmullo ronco, profundo, repetido, marcó el juramento solemne de todos los presentes, obedientes, en forma ciega, a cuanto ella pudiera decirles. Un destello fulgurante brotó de los ojos almendrados de ella. Su boca dibujó un rictus de orgullo satisfecho.

Luego, sus manos se extendieron sobre el féretro, como garras pálidas y vibrantes. Su voz ordenó rotundamente:

—Ahora, hermanos…, procedamos a cumplir la última voluntad de nuestro común amo y señor, poderoso entre los poderosos, grande entre los grandes, conocedor de todos los secretos de la Magia, la Ciencia y lo Oculto. Dejemos que lo más importante de él sobreviva a la muerte, como suprema prueba de su poder, que va más allá de las sombras y de la eternidad… ¡Conducid el cuerpo a su laboratorio secreto! Y que allí se produzca el gran milagro, el prodigio último con el que soñó… y de cuya realización debo ocuparme yo, en su nombre y representación humana, porque así lo quiso él, antes de morir…

Los hombres rapados, de túnicas amarillas, se aproximaron, para cargar nuevamente con el féretro. Lo alzaron en vilo, iniciando su cántico profundo otra vez.

En ese momento, un grito agudo, inesperado, detuvo la ceremonia:

—¡Esperad! ¡Que se detenga esta ceremonial! ¡Chang-Lo lo exige, en nombre de su propio derecho como hijo del que lleváis ahí sin vida!

Se produjo un silencio brusco, como si algo brutal y sacrílego

hubiera rotó el ceremonial, en una herejía sin nombre. Las voces enmudecieron. Los ojos se clavaron en el recién aparecido, bien desde los hieráticos rostros amarillentos y sin expresión, bien desde detrás de las máscaras funerarias de grotesca apariencia.

Solamente la sacerdotisa de hermosura singular, pareció no mostrar reproche alguno hacia el que gritara tan intempestivamente. Su cuerpo sinuoso, culebreante, se estremeció un momento. Luego, el rostro de porcelana bellísima, giró hacia el hombre.

—¿Por qué turbas así el reposo de tu padre, y rompes el ritual escandalosamente, hermano mío? —Preguntó ella con frialdad extrema—. ¿Es así como esperas demostrar tu fidelidad y amor al hombre que te dio el ser y a la hermana de carne y de sangre, que ahora representa y hereda los sagrados derechos y deberes de ese hombre incomparable?

—Hermana, no vine aquí a proclamarme heredero de nada ni de nadie, ni continuador de obras o de ideas de ningún género, bien lo sabes. Sólo quería asistir al funeral por el hombre que, pese a todo, fue mi padre, y como tal debo respetar. Eso es todo. Veo que he llegado tarde, porque no quisiste esperarme lo suficiente. No te guardaré rencor por ello. Pero déjame asistir a estas honras fúnebres. Tengo derecho a ello.

—Es lo único a que tienes derecho —respondió ella, solemne, fijando sus ojos en el rostro levemente aceitunado, de facciones firmes y enérgicas, de cabello oscuro, ojos rasgados, mezcla exótica de dos razas, de dos sangres, con evidencias claras de una influencia occidental en él—. Y por tanto, no puedo negártelo. Pero cuando el cadáver de nuestro padre cruce las puertas negras del Santuario del Dragón, habrán terminado tus privilegios. Sólo yo tendré acceso a ese lugar.

—¿Basada en qué razón? —protestó el joven, avanzando hacia ella resueltamente. Sus pisadas sonaban firmes en las negras baldosas espejeantes—. ¿Quién podría privarme del derecho a presenciar la inhumación final del cuerpo de mi padre?

—El mismo —dijo, con frialdad, la sacerdotisa, señalando el féretro.

—¿Él? —Repitió el joven con acritud—. Está muerto, hermana. No puede decidir ya.

—El siempre decide, vivo o muerto —sentenció ella—. Algún día lo entenderás. Chang-Lo. Tu mente no razona como la de un oriental ni como la de un hijo fiel, sino como la de un renegado que se siente más como occidental que como chino. No cuentas para la familia, tú lo sabes. Él te desheredó totalmente, al sentir la proximidad de la muerte. Renegó de ti. No te quiso en sus exequias finales. No será inhumado, sino quemado. Sus cenizas serán esparcidas al viento, en las cuatro direcciones cardinales. ¡Sus cenizas serán la semilla de un mundo, que será suyo no tardando mucho! ¡Él será el amo del mundo…, después de muerto!

—El amo del mundo… —rechazó el joven—. Su eterna locura… No puede ser también la tuya, hermana. Eso es imposible, bien lo sabes. Ni siquiera él lo logró…

—Librará su última batalla después de morir, no lo dudes —una luz extraña brillaba, demoníaca, allá en el fondo de las hermosas pupilas de la sacerdotisa—. Y todos sus enemigos, todos en absoluto, conocerán el terror y la angustia, antes de morir horriblemente… ¡Él sabe como destruir a quienes pretendieron acabar con él y con su obra, Chang-Lo! Y si tú mismo no quieres perecer horriblemente a manos de tu propio padre muerto… ¡no te enfrentes a él ni a su poder! ¡No luches contra nosotros jamás! Por nada del mundo, ¿entiendes, Chang-Lo? Puedes irte, olvidarte de nosotros, olvidar que fuiste hijo de quien eres… No volveremos a pensar en ti, ni a acordamos de que existes. Pero si te volvieras contra nosotros, si desafiaras al poder supremo de quien tú sabes…; la más espantosa, lenta y atroz de las agonías pondría fin a tu vida, estuvieras donde estuvieras. Ahora, puedes asistir al ritual último. Pero recuerda: apenas se cierren las negras puertas del Santuario del Dragón… ¡vete! Vete para siempre de aquí. Olvida cuanto viste y cuanto conoces. Es su voluntad —señaló al cadáver—. Y su voluntad, siempre se cumplió. ¡Siempre…!

Chang-Lo apretó las mandíbulas. Endureció el gesto, brillaron sus ojos, hechos dos oscuras y frías rendijas, y los nudillos de sus manos blanquearon, al apretar los puños, pero nada dijo. Asintió, en silencio, al final de los rituales fúnebres.

Luego, se marchó, mientras, solemnes, poderosas y herméticas, las grandes, altas puertas negras, laqueadas, del Santuario del Dragón, se cerraban, engullendo tras de sí a la comitiva de amarillas

túnicas y rapados cráneos… a la sacerdotisa hermosa y sensual… y al féretro conteniendo el cadáver del padre de Chang-Lo. Del hombre que soñó con ser amo del mundo y murió sin lograrlo.

Pero que ambicionaba llegar a serlo…, después de muerto.

Chang-Lo se alejó. Abandonó aquel oculto templo en una ciudad perdida del interior de la China Continental. Supo que veía por última vez el cuerpo paterno. Supo que veía por última vez aquellas negras puertas enigmáticas…

Pero no supo si, en el futuro, volvería a ver o no a la hermosa hermana suya, de ojos fulgurantes y expresión demoníaca, heredera directa del más diabólico y siniestro personaje de la historia…

* * *

Era otro mundo.

Diferente al exterior. Sin aromas embriagadores. Sin nubes de humo de mágicas formas y perfiles dantescos. Sin rituales místicos, de una mística oriental casi hipnótica. Esto era otra cosa. Y sólo unas negras puertas laqueadas lo separaban del resto del templo escondido. Era la frontera. La gran frontera entre dos mundos. Entre dos conceptos. Entre distintas dimensiones del conocimiento humano. La Magia y la Ciencia, el Ocultismo y la Investigación. Más allá, quedaban pebeteros, dragones, sombras, corredores largos, ignotas trampas, cepos mortales, laberintos de secretos inconfundibles y siniestros. Aquí, en el Santuario del Dragón… un mundo aséptico, tan frío como el otro. Pero más luminoso, más funcional. Computadoras, electrónica aplicada a Medicina, Cirugía, estudio del organismo humano… Laboratorios, instrumental médico de última hora, avances científicos que nadie podría imaginar… El futuro de la propia Ciencia, un avance de décadas sobre los conocimientos humanos normales. Quizá más que décadas. Generaciones de conocimientos, de progreso. De secretos despejados, de soluciones intuidas…

Y en medio de todo ello, sobre una mesa de vidrio y metal, la figura rígida, extendida, esperando a ignorados cirujanos. El cuerpo de un hombre muerto. Un hombre increíblemente alto, enjuto, misterioso y fantástico.

Electrodos sobre sus sienes. Aparatos de sordo zumbido. Gráficos cambiantes, complejos encefalogramas en distintos colores.

Pantallas electrónicas enmiendo destellos de luz en diferente ondulación…

Alrededor de la mesa, hombres silenciosos. Batas de médicos. Máscaras clínicas sobre el rostro, ojos almendrados y enigmáticos, gorros sobre las cabezas rapadas. Guantes de plástico liviano en sus largas manos huesudas, aceitunadas.

Y ella.

Ella. La sacerdotisa. Ahora era quien dirigía al extraño grupo clínico. El aire tenía un olor balsámico, sí. Pero era de productos médicos de enfermería, de quirófano. No de extrañas invocaciones, no de sándalo, incienso o cualquier otra combustión aromática. No de artes ocultas, embrujos y quizá satanismos. No. Era otra cosa.

Era la Ciencia. La Ciencia, al servicio de artes diabólicas. La Ciencia, al servicio de un legado monstruoso y delirante. De una voluntad férrea y avasalladora, que iba más allá de la propia Muerte…

—¿Preparados? —preguntó la hermosa sacerdotisa a sus silenciosos acompañantes.

Mudos, breves asentimientos. Era todo. Ella pulsó un resorte de un complejo aparato electrónico. Un nuevo zumbido se extendió por la sala. Unas chispas azules brotaron de los electrodos aplicados a las sienes del difunto. En la pantalla y en las bandas de los electroencefalogramas, hubo oscilaciones, variantes notables, cambios sorprendentes…

—Vamos —dijo ella fríamente—. Comenzad. Tsai Wong os lo ordena. Y Tsai Wong os habla en nombre de su padre. En nombre de quien tenemos ahí, esperando a nuestra intervención quirúrgica, antes de ser incinerado y expandidas sus cenizas a los cuatro puntos cardinales, como fértil semilla de nuestro dragón… Tsai Wong es, ahora, hija y heredera del más grande hombre de la Historia. Pero Tsai Wong es algo más. Mucho más. En gracia a los conocimientos superiores que su padre legó en ella, os invoca a esta operación que va a significar lo más grande. Que va a devolver la vida al poder más gigantesco de todos los tiempos… Vamos, mis leales amigos, mis fieles hermanos del
Si-Fan…
¡Extraigamos el cerebro de mi padre, el doctor Fu-Manchú!

CAPÍTULO II

El bisturí había cortado ya la epidermis fría, cérea, rígida, de aquel óvalo amarillo, brillante, totalmente pelado, que era el cráneo del doctor Fu-Manchú, muerto sólo hacía unas horas.

Con frialdad increíble, sin un solo temblor en sus músculos faciales, sin una vacilación en sus manos ágiles y huesudas, Tsai Wong, hija del doctor Fu-Manchú, levantó la piel de su padre como si fuese una simple capa de tela o de papel. Se encontró con el hueso, bajo el perfecto corte circular.

Extendió su mano, autoritaria. Alguien puso en ella el barreno quirúrgico electrónico. Lo aplicó sobre el hueso. Hubo un zumbido chirriante, desagradable. Comenzó a agrietarse, como la cáscara de un huevo, la bóveda craneana del muerto. El corte perfecto, impecable, iba hendiendo la resistencia del duro hueso. Finalmente, se hizo el silencio.

La máquina taladrante había parado. Retiró el cortador de hueso. Esquirlas y polvillo óseo salpicaban su bata de cirugía. No parecía preocuparle. Era una humana máscara hierática la que se escondía tras la otra máscara de tela verde, la de su rostro inclinado sobre el cadáver paterno.

Implacable, fría, con escalofriante serenidad, aferró la parte superior del óvalo craneal. Levantó su parte superior limpiamente. Igual que alzar la tapa de una caja. Y apareció la masa encefálica, envuelta en su tenue velo salpicado de venillas, de nervios, de una viscosa humedad. Tomó otro juego de bisturíes. Miró a sus auxiliares, mudos y desapasionados. Uno enjugó el sudor de su frente. Ella le apartó bruscamente. Comenzó a cortar con terrible frialdad. Tendones, músculos, fibras, venas… El cerebro iba quedando liberado de todo cuanto le sujetaba al cuerpo inerte, rígido. En las pantallas y encefalogramas, los pálpitos vitales eran

mínimos. Él cerebro de Fu-Manchú se moría por momentos…

Los movimientos de ella se hicieron rápidos, febriles casi. Pero singularmente perfectos y medidos. Momentos más tarde, la masa encefálica del cadáver estaba totalmente suelta. Oscilaba, blanda y fofa, con su forma repugnante, sobre su soporte de hueso craneal.

Ella se irguió, hizo un gesto. Rápidamente, unas manos le aprisionaron hasta una docena de electrodos diferentes. Todos de distinto color en su remate. Ella arrugó el ceño. Los ojos almendrados revelaron enorme tensión, una gran fijeza mental. Tenía que recordar. Cada punto exacto donde iba un electrodo, un color determinado.

Lo recordó. Su mente estaba preparada para eso. Y para mucho más. No había problemas en memorizar. Nunca los hubo. Claro que esto era diferente, pero…

—Pronto… —jadeó, una vez concluida la operación—. La vitrina…

Rodó sobre sus patas rodantes el recipiente de vidrio, de forma rectangular. Un líquido, un humor vidrioso, aparecía dentro de él. Otros electrodos, cables y contactos, aparecían adheridos a la caja cristalina, descubierta por arriba.

Los enfermeros, silenciosos, actuaron de prisa. Y eficientemente. De una bandeja de plata, que sostenía el seso, palpitante apenas, de Fu-Manchú, esa masa repugnante pasó al fondo de la vitrina, casi suavemente. Flotó un momento. Se hundió, sostenida por los doce electrodos del exterior. Hubo como vibraciones y destellos en los demás electrodos, unidos al recipiente. Los encefalogramas y pantallas luminosas incrementaron sus señales.

El cerebro se hundió primero en el líquido. Luego, emergió lentamente. Se puso a media altura, en el centro de la vitrina. Y allí se quedó. Casi quieto. Flotando levemente. Muy levemente.

Tsai Wong contempló larga, fijamente, el resultado de su obra. Se mantuvo quieta, como en éxtasis. Luego, despacio, giró la cabeza. Miró los gráficos. El escrito en bandas de papel. Y el impreso fugazmente sobre la pantalla fluorescente, en verdes signos de luz vital.

Luego, finalmente, miró el cadáver. El cadáver de su padre. El cadáver del hombre más temido durante muchos años. Y lustros. Y décadas. Quizá el ser más terrible de los últimos tiempos.

Durante los años posteriores de su vida, se mantuvo en un silencio, en un olvido casi total. Como perdido. Como muerto.

Era muy viejo ya. Pero muerto… no. No estuvo muerto. Ahora, sí. Pero era diferente. Esos últimos años significaron su herencia. Su legado. Su testamento. Su supervivencia, su continuidad, más allá de la Muerte…

Continuidad. Muerte. Y luego…

Luego… allí estaba su obra. La obra de él, antes de morir. Su herencia. Lo que ella hizo en su nombre. La herencia del doctor Fu-Manchú.

Un cerebro.

Solamente un cerebro… Ella, Tsai Wong, sólo había sido su conducto. Su instrumento. Ella se limitó a cumplir lo que él dijera antes de morir.

Y estaba hecho. Todo hecho.

Ahora…

Ahora, venía la segunda parte del testamento de Fu-Manchú. Una vez incinerado su cadáver, aventadas sus cenizas a los cuatro puntos cardinales desde la Colina del Gran Kahn… llegaba lo demás.

Ella era la mano ejecutora. Pero detrás de ella, estaría siempre la mente rectora. El poder que iba más allá de la tumba: el cerebro de Fu-Manchú.

* * *

El fuego comenzó a prender en la piel amarillenta, rugosa como un pergamino que se hubiera resistido a sufrir la acción implacable del tiempo.

Un hedor nauseabundo subió hasta las fosas nasales de Tsai Wong, que dilataron levemente. Ésa fue toda su reacción ante el olor a carne humana quemada, a cadáver presa de las llamas… Una cenicienta sombra oscura fue extendiéndose sobre el rostro largo, afilado, anguloso, y acartonado por la muerte, hasta rozar su cráneo vacío, carente de masa encefálica, pero recubierto otra vez por la piel tersa, sin cabello. La cabeza inconfundible del genio del Mal, del superhombre del crimen y del terror a lo largo de años enteros, fue disolviéndose paulatinamente en aquel fuego que no parecía tener nada de purificador esta vez, y sí únicamente se utilizaba

como vehículo para la destrucción física de un cuerpo que nadie debía mancillar ni profanar tras la muerte. Un cuerpo que, poco más tarde, sería totalmente cenizas, cuando pasara el horno crematorio a mayor temperatura, y la compuerta se cerrase, dejando allí dentro el cadáver, hasta su total incineración.

Tsai Wong cerró esa portezuela, desde la que contemplaba el principio de la cremación ritual. Respiró con fuerza, y mantuvo su pétreo, hermosísimo rostro inmutable, fijo en el visor de vidrio rojo, antitérmico, desde el cual era visible la lenta incineración, la transformación del cuerpo del siniestro doctor en una simple pavesa grisácea. Luego, el calor llegaría hasta sus huesos, calcinándolos…

Y más tarde…

* * *

Más tarde, las cenizas volaron al viento árido y seco, desde lo alto de la colina, situada en aquel desolado paraje del interior de China.

Hacia Oriente, Occidente, Norte o Sur. A todas partes, fueron aventadas las grises y polvorientas cenizas que contenía la arqueta de oro entre los brazos de Tsai Wong. Era la última ceremonia del largo rito que señalaba la muerte definitiva del doctor Fu-Manchú.

Sólo que existen poderes que van más allá de la Muerte. Y el del genio oriental de la Ciencia y del terror, era uno de ellos. Quizá el más fuerte de todos. Capaz de sobrevivir a su propio fin, a su muerte física e irremisible, tras largos, larguísimos años de prolongación artificial de una vida humana que no quería desprender sus raíces de este mundo.

Con el último puñado de polvo gris, que flotó un momento en un remolino caprichoso de viento, como si se resistiera a alejarse para siempre de su refugio secreto, de sus fieles siervos del Si-Fan, de su hermosísima hija, fiel continuadora de su causa, y de todo cuanto fuese su obra, criada en casi un centenar de años… terminó la ceremonia.

Y los sombríos testigos de la misma, con sus túnicas amarillas flotando al aire, con sus rostros herméticos fijos en la hija de su amo y en las cenizas flotantes que se llevaba la brisa cálida, captaron, con un escalofrío, el sonido sibilante que, de súbito,

pareció producir una ráfaga de viento demasiado intensa…

Y esa ráfaga emitió un aullido apagado, largo, estremecedor, como una risa llegada de ultratumba. Como la última burla de quien poseía poderes desconocidos, capaces tal vez de manifestarse allí donde la vida terminaba y comenzaban las sombras de lo Desconocido.

Tsai Wong no tuvo miedo alguno. No tembló ante esa manifestación de otro mundo. Por el contrario, sus ojos almendrado1: tuvieron un raro fulgor de maligna complacencia, de júbilo perverso incontenible.

—Lo sabía, padre… —musitó—. ¡Sabía que estarías siempre conmigo, no importa dónde ahora se halle tu cuerpo mortal! ¡Qué cenizas tuyas sean la semilla fructífera de una nueva cosecha de terror ante tu nombre y tu obra, padre mío! Yo, como brazo ejecutor tuyo, me encargaré de ello. Ordena, mi señor. Ordena… ¡y serás obedecido!

Cerró sus ojos, erguida en lo alto de la colina, en éxtasis profundo. Como si esperase algo, una nueva manifestación de poder infinito, llegado del Más allá.

Y esa manifestación se produjo. En su mente, cuando menos.

Captó el mensaje. Las potentes ondas mentales llegaron a ella como traídas por aquel mismo viento que se llevara las cenizas del genio del Mal. Eran palabras, frases. Ordenes concretas:

—Hija mía… Los culpables de mi muerte… Están ahora lejos. Muy lejos de donde suponen que corren peligro… Han cruzado Macao… Han abandonado China, y están ahora en Hong Kong… Se disponen a huir en breve plazo para Occidente. Ellos saben que yo estoy muerto. Ellos ya no me temen. Hija mía, demuéstrales, a ellos y al mundo, que esa idea suya es falsa. ¡Es mi orden! ¡Mata! ¡Aniquila a esos hombres de Hong Kong!

—Sí, padre —fue la respuesta de
Tsai-Wong
—. Tus órdenes serán cumplidas inmediatamente. Tus *dakois* se ocuparán de ello… Los hombres de Hong Kong morirán antes de emprender su viaje a Occidente… Y todo el mundo sabrá qué fue de Fu-Manchú después de muerto.

* * *

—Es un gran alivio, Frank.

—Casi un milagro, Stuart —admitió el otro—. Por un momento, temí nuestro fracaso. Y supe que eso significaría la muerte para ambos…

—Yo también. Sobre todo, cuando las autoridades chinas pensaron que hacíamos espionaje en favor de alguna potencia occidental… ¡Uf, llegué a pensar en el fusilamiento inmediato, o cosa parecida!

—Eso hubiera sido poca cosa, amigo Stuart, en comparación con lo que nos hubieran hecho los leales de ese fanático monstruo, de habernos sorprendido en plena tarea. O imagina, si fracasamos, y el doctor queda con vida… —Se estremeció, sin poderlo remediar, y miró en torno con desasosiego, como si fuera posible que algo intangible y atroz estuviera todavía acechándoles, flotando en el suntuoso salón del hotel de lujo, en el mejor distrito residencial de Hong Kong, frente a la bahía.

—Ciclos, no hables de esa posibilidad. Hubiera sido un infierno para ambos. La muerte importaría poco, en ese caso. Quizá la hubiéramos pedido encarecidamente —jadeó Stuart Mac Daniels, del Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos, sacudiendo su pelirroja cabeza enérgicamente—. Mucha gente en nuestro tiempo no prestaba gran atención a la existencia de ese hombre… o lo que fuese. Incluso se burlaban de él, como si fuese sólo un ente de ficción, un personaje de viejo melodrama. Si imaginara la gente… el poder que llegó a acumular ese monstruo de maldad y de odio… Si los países hubieran llegado a saber que el peligro se cernía sobre ellos constantemente, y ahora más que nunca. Y que no procedía precisamente de la URSS o del Gobierno de Pekín… Si procedía de China el gran peligro amarillo, pero no materializado por las divisiones de Mao, sino por algo mucho más sutil e intangible, algo que no precisaba de campos de batalla ni de armas de energía nuclear para aniquilar a cuantos intentaran frenar la victoria del poder oriental…

—No hables de eso aquí. —Frank Howard, también de Inteligencia, echó una mirada precavida en derredor—. No conviene mencionar el tema. Ni el nombre de… de él… No, Stuart. No sabemos la cantidad de fieles sicarios que puedan existir aún en el país, e incluso fuera de él, ávidos de vengar la muerte del coloso…

Los dos hombres se quedaron pensativos un momento. Luego, vieron pasar por el cielo un avión de una compañía aérea británica. Quizá su presencia les hizo asociar ideas. Fue Stuart quien hizo el comentario:

—Y pensar que el gran enemigo tradicional de ese hombre fue siempre un inglés, ¡para terminar siendo nosotros, dos norteamericanos, quienes acabáramos con su poder y con su vida!

—Así son las cosas, Stuart —rió entre dientes Frank Howard, sacudiendo la cabeza—. Es posible que el gran adversario del doctor, esté ahora fuera de combate, enfermo o sin vida. Debe tener muchos años, si él tenía tantos como imaginamos…

—Sí, es posible que *sir* John Nyland Smith sea ya un anciano decrépito, o repose en un aristocrático panteón de su amada Inglaterra… Los tiempos de los ingleses quedaron ya atrás hace mucho tiempo, amigo mío. Era lógico que hoy en día, nosotros, los norteamericanos, diéramos jaque mate al genio del crimen… Ahora, vamos ya. Hay que preparar las cosas. Nuestro avión sale dentro de hora y media escasa…

Los dos agentes del Servicio de Inteligencia norteamericano se incorporaron, con cierra pereza, encaminándose a sus habitaciones para iniciar el viaje de regreso, vía Honolulú-San Francisco. A estas horas, la CIA ya estaba informada de que la misión estaba cumplida con éxito. Un simple mensaje cifrado había sido suficiente para ello: «Figura de Dragón de Jade adquirida precio convenido con cliente de Nueva York. Saludos: Frank».

Eso era todo. Un cable fechado en Hong Kong, tierra donde la gente acudía para adquirir antigüedades y piezas de raro valor para coleccionistas, el texto del mensaje no ofrecía nada de particular a un observador corriente. Ni quizá a uno que pudiera sospechar algo más oscuro.

Después de todo. China Continental quedaba atrás, con sus posibles riesgos. Ante el Gobierno de Pekín, sus únicos temores estribaron en la posibilidad de ser considerados agentes extranjeros y como tales, correr el peligro de ser encarcelados o ejecutados por las autoridades chinas. No sabían si los gobernantes de la China de Mao hubieran aceptado como válida la explicación delirante de una búsqueda en pos del hombre que, para muchos, sólo era leyenda o mito. Por eso tuvieron que luchar solos y sin ayuda, en un país

hostil, para dar con el gran adversario y aniquilarlo.

Eso ya estaba hecho. Por tanto, la amenaza de Fu-Manchú quedaba también definitivamente atrás. Los agentes de Inteligencia de los Estados Unidos no podías creer, en modo alguno, en las fuerzas del hombre, más allá de la muerte. Con el fin del genio del delito y del terror en el mundo, todo estaba hecho.

O, al menos, eso es lo que ellos creían…

Cuando el ascensor les condujo al piso cuarto, donde tenían sus habitaciones contiguas, otro ascensor del lujoso hotel se puso en funcionamiento de modo paralelo. Dentro de él sólo iban cuatro hombres. Cuatro orientales de ropas occidentales, en color crudo, sombrero de rejilla y gafas de sol singularmente grandes y oscuras, con su montura metálica.

Tenían los cuatro una extraña rigidez, como si sus movimientos fuesen mecánicos y desprovistos de humanidad. No cambiaron una sola palabra mientras el ascensor les conducía precisamente a la misma planta cuarta. Las hojas del vehículo electrónico se deslizaron silenciosamente, al llegar la cabina al cuarto piso. Los cuatro hombres salieron al corredor. Por el fondo de éste, llave en mano, iban los dos hombres, Stuart Mac Daniels y Frank Howard, de la CIA, hablando entre sí animosamente. El pasillo era largo y recto. Su suave luz tamizada venía de unos ventanales con persianas graduables, situados a un lado del mismo, y asomados al conglomerado urbano de Hong Kong.

Los cuatro hombres de gafas negras comenzaron a moverse tras de los dos americanos. Sus pisadas eran rígidas, precisas, monocordes.

Stuart Mac Daniels fue el primero en girar la cabeza, bruscamente sobresaltado. Miró a los hombres que les seguían. Cambió un comentario brusco y algo inquiero con su amigo Frank Howard:

—Esos hombres… ¿Te has lijado, Frank? Parece…, parece que vengan tras de nosotros…

—¿Ésos? —Rápido, Howard miró por encima de su hombro, encogiéndose luego con ambigüedad—. Tonterías. ¿Por qué habrían de hacerlo? Recuerda: somos dos inocentes compradores de obras de arte oriental, trabajando para una entidad comercial de Nueva York… Sólo eso. Además, vamos armados… ¿Qué puedes temer,

Stuart, muchacho? Parece que nuestro viaje a China te ha alterado un poco los nervios…

Estaban llegando ya a sus respectivos dormitorios. Indiferente, Frank Howard dispuso su llave para abrir. Stuart volvió a mirar, aprensivo, a los cuatro hombres de traje claro y gafas grandes, de negros vidrios.

—Espera —silabeó entre dientes—. No abras la puerta aún. Tengo un mal presentimiento, Frank.

Los desconocidos estaban ya a corta distancia de ellos. Stuart escudriñó sus rostros, tratando de ver en ellos algo peculiar, algo que confirmase sus temores. Observó que bajo el ala del sombrero no asomaba cabello alguno. Estaban totalmente rapados. Con celeridad, y dado que la claridad del pasillo no era suficiente, su mano zurda se hundió en el bolsillo de su americana *beige* clara. Extrajo una pequeña, potente lámpara eléctrica, que proyectó sobre el cuarteto misterioso.

—¡Ahí, Frank! —aulló, palideciendo—. ¡Mira sus frentes, sobre las gafas de sol…! ¡La señal! ¡Son ellos… los *dakois*!

Asombrado primero, despavorido después, Frank Howard clavó sus ojos en aquella hendidura profunda, que se marcaba en medio de la frente, sobre el entrecejo de los orientales.

Con un escalofrío, supo que su amigo tenía razón. El horror volvía. Estaba allí. ¡Cuatro *dakois* del doctor Fu-Manchú les habían localizado y acorralado fatalmente!

—No es posible… —jadeó Frank, lívido—. Los *dakois*… sólo obedecen… la voluntad de su amo… ¡Y su amo está muerto!

—Dios mío… Entonces…, ¿a quién obedecéis? —gimió roncamente Stuart, dejando caer su linterna para tomar en su lugar la automática, aunque bien sabía que si ellos eran, realmente, *dakois*… un arma de fuego no tenía la menor eficacia (*Los dakois, tal como Sax Rohmer los describía en sus novelas de Fu-Manchú, eran una especie de zombis o muertos vivientes, por medios quirúrgicos y otras artes oscuras de su creador, dejadas a la imaginación del lector. Todos eran orientales, por supuesto, preferentemente mongoles*).

Ellos no respondieron. No podían hacerlo. Sus bocas eran algo vacío. Carecían de lengua para hablar. Tampoco les hubiera servido de mucho, puesto que carecían de voluntad. Sus vacíos cráneos, operados por la cirugía diabólica de su amo y creador, no eran sino

simples receptores de la voluntad única del doctor demoníaco que soñara imperios mundiales absolutos y poder total sobre pueblos y razas de la Tierra.

Eran autómatas. Máquinas de carne y hueso. Horribles remedos de hombre y de robot. Cadáveres operados para dotarles de una vida artificiosa que, muerto su amo, no sería ya nada. Por ello, ambos agentes de la CIA comprendían, despavoridos, que, pese a todo… Fu-Manchú existía.

Era horrible, pero… existía. Aún, en alguna parte, de alguna Forma… su voluntad regía la marcha satánica y mortal de los *dakois* de rostro oriental, ojos dilatados y vidriosos, movimientos mecánicos y fríos…

Retumbaron los disparos en el corredor del lujoso hotel de Hong Kong, asomado a la bahía, los juncos y las zonas residenciales. Los ladridos ásperos de las pistolas fueron como agrios restallidos de violencia. Las balas partieron hacia los cuerpos y cabezas de los muertos vivientes. Los dos hombres del Servicio de Inteligencia norteamericano, supieron que hacían blanco en los cuerpos sin sangre, en los cráneos sin inteligencia…

Pero era inútil. Los nuevos zombis de Oriente, las máquinas asesinas del doctor Fu-Manchú, siguieron, implacables, su marcha, aún con sus rostros y cuerpos agujereados. Cayeron sobre Stuart y Frank. No necesitaban armas. Les bastaba el poder aniquilador de los brazos demoledores, musculosos, de las manos recias, macizas, duras y brutales como zarpas de acero…

Chascó el rostro de Stuart Mac Daniels, al tiempo que un aullido inhumano escapaba de la boca del agente, junto con sus encías y dientes destrozados, con su sangre a torrentes. Los dedos brutales, como masas de metal, aplastaron la nariz y hundieron los ojos del infortunado miembro de la CIA, en un amasijo horripilante, que deformó su rostro y lo convirtió en algo indescriptible, sangrante y desgarrado. Culminó el destrozo con la presión salvaje sobre el cráneo de Stuart, que crujió como un fruto maduro, y se hizo astillas bajo la piel, con un último alarido desgarrador, inhumano casi…

Mientras tanto, otras manos de *dakois* aferraban a Frank Marlowe… Los resultados no eran muy diferentes. Aquellas garras humanas, casi monstruosas, eran capaces de matar sin ayuda de

arma alguna. Eran auténticos instrumentos de muerte. Y lo demostraron rápidamente.

Frank disparó tres veces a boca de jarro, estérilmente también. Los orificios en los trajes claros, parecieron totalmente inofensivos. No broto sangre. Aquellos dedos mortíferos aterraron por el cuello a Frank Marlowe. Como auténticas garras de acero. Como dogales ejecutores contra los que no había remedio posible.

Y Marlowe sintió la muerte, la asfixia, cuando esos dedos destrozaron su cuello, desgarraron su garganta y aplastaron, triturándolos, sus cartílagos y huesos. No sólo eso: el cuerpo, encogido contra la pared del corredor, fue golpeado varias veces. Seca, ferozmente. Golpeado en varios puntos vitales. Sintió reventones internos. La sangre escapó por su boca y nariz. Jadeó, cayendo de espaldas. Sus huesos crujieron bajo presiones irresistibles. Astillados, se limitaron a desgarrar tejidos internos de aquel cuerpo que caía sin vida…

Inexorables, los autómatas humanos se volvieron sobre sus pasos, como si una lejana mente les guiara, inculcándoles su fría voluntad asesina. Desaparecieron en un recodo del corredor, sin apresurar nunca su paso, pero mostrando su elasticidad felina…

Unos momentos más tarde, sólo quedaban dos cadáveres en el pasillo del hotel de Hong Kong. Dos cuerpos sin vida, virtualmente machacados a golpes y a presiones inhumanas, dignas de una bestia increíble.

Los *dakois* no fueron hallados. Para la policía de la ciudad, el caso fue un auténtico enigma inexplicable. Para ciertas personas, situadas muy lejos de Hong Kong, el doble crimen en el hotel tuvo un especial e inquietante significado…

* * *

—¿Ya sabe la noticia, *sir* William?

—Sí, ya la sé… Acabo de recibir un informe completo del *Foreign Office*, procedente de nuestras oficinas en Hong Kong, superintendente.

—Me creí obligado a hablarle de ello, señor, al ser informado también por otros medios de la muerte de esos hombres y las circunstancias que rodearon su asesinato —suspiró el superintendente James F. Temple, de New Scotland Yard, clavando

su mirada azul, aparentemente ingenua, en los helados, inexpresivos ojos grises de *sir* William Boyle, de los Servicios de Inteligencia del Gobierno británico.

—Sí, lo imagino. Los datos que acabo de ordenar, no son muy claros ni muy explícitos, pero encierran circunstancias bastante extrañas. Imagino que usted no podrá ayudarme en eso muy ampliamente, superintendente…

—Imagina usted bien. Conozco los hechos a través de la policía norteamericana, como supongo que usted habrá sido informado por los agentes de Inteligencia de ese país, *sir* William. Y todo ello no debe ofrecer suficientes puntos claros, a mi juicio.

—¿Suficientes? —Rió, desdeñoso, *sir* William Boyle, del *Intelligence Service* de Su Majestad—. Más bien diría yo que son pobres, pobrísimos de datos… Solamente la existencia de dos hombres muertos en un hotel de Hong Kong. Virtualmente machacados a golpes, con lesiones gravísimas en sus cráneos y cuerpos, de las que bastaría una sola para causar la muerte de cualquiera de ellos. Sólo que ambos ofrecían, como mínimo, una docena de esas lesiones letales.

—Eran agentes especiales de la *CIA*, señor…

—Si, por supuesto. Entrenados para lo peor. Pero les mataron. A golpes, pese a que parece que ellos usaron sus armas de fuego, estérilmente sin duda.

—Ambos agentes eran expertos en karate y judo, señor —señaló roncamente el policía de Scotland Yard.

—Claro. ¿Eso alteraría mucho las cosas, amigo mío? —La pelirroja cabeza de *sir* William Boyle se movió en sentido negativo —. Comprenda que, en esos lugares, cualquiera puede ser experto en tales artes marciales. Y mucho mejor que los dos americanos. Sobre todo, si se trataba de orientales.

—Lo he pensado, señor. No obstante, según el forense de Hong Kong, los golpes no parecían de karate ni de
kung-fu
o cosa parecida. Es más: algunas lesiones, ni siguiera fueron provocadas por simples golpes, sino por presiones.

—Presiones… —suspiró *sir* William Boyle, pensativo—. Sí, lo sé. Presiones… Manos oprimiendo huesos… hasta triturarlos. ¿Eso tiene sentido, superintendente?

—No para nosotros, señor. Pero somos occidentales. No entendemos demasiado de ciertas formas de lucha de Oriente, pese a todo.

—Superintendente, tenga en cuenta que mis agentes también están especialmente preparados para toda clase de enfrentamientos con adversarios de cualquier lugar del mundo —le comentó el alto funcionario del Servicio Secreto, con expresión meditativa—. Y, sin embargo, tampoco nosotros hemos entendido muy bien lo que pudo suceder allí, con esos dos norteamericanos. Tengo un informe especial de la CIA. un auténtico *top secret*, en el que se me comunica que, sólo unas horas antes de su muerte, los dos hombres habían hecho enviar un mensaje cifrado a sus superiores, notificando el éxito total de su misión, conforme a lo previamente programado. No obstante, sólo un poco más tarde, ambos estaban muertos. ¿Por qué? ¿Por quiénes?

—Señor, creí que usted seria quien me informara sobre ello… Si el éxito les acompañó en ese caso… ¿cómo pudo suceder lo que sucedió?

—Ellos lo tratan de entender. Yo también, amigo mío. Pero si le dijese cuál es la misión que Frank Howard y Stuart Mac Daniels llevaron a cabo en China comunista, usted soltaría una carcajada gigantesca y se burlaría de mí, sin duda alguna.

—¿Yo… burlarme de usted, *sir* William? —Tragó saliva el superintendente lames F. Temple, de la Brigada Especial de Scotland Yard, que trabajaba en ese caso de común acuerdo con los Servicios de Inteligencia británicos, como muchas ocasiones ocurriera antes—. Por Dios, señor, sabe usted que eso jamás podría yo hacerlo…

—Está bien, está bien —*sir* William tuvo un ademán elocuente con su brazo, mientras dibujaba en sus labios una sonrisa irónica—. No esté tan seguro de ello, hasta saber a lo que me refiero. ¿Qué diría usted si le asegurase formalmente, ahora mismo, que esos dos hombres habían ejecutado, por órdenes directas de la CIA, al hombre de Oriente más temible para la seguridad de Occidente, y quizá del mundo entero?

—Cielos… —El superintendente boqueó, asombrado—. No serían magnicidas que hayan… que hayan asesinado al presidente Mao…

—No, por Dios —rió entre dientes *sir* William—. Dudo que Mao Tse Tung pueda ser considerado el más temible enemigo del mundo, ni tan siquiera de Occidente. Usted habla de un político, de un gobernante que merece nuestros respetos, seamos sus amigos o enemigos. Yo hablo de otra persona que, quizá, merezca nuestro respeto por razones muy diferentes… y que, desde luego, no es ni un gobernante ni un político, aunque podría haber llegado a ser todo eso, de haber vivido. Si es que, realmente, está tan muerto como suponían los hombres de la CIA… En suma: me refiero a un maestro del crimen, a un genio del mal, a un ser mitad científico, mitad mago, a un personaje mitológico casi, a un auténtico monstruo de inteligencia, poder y crueldad como no ha habido jamás otro… Quizá, quizá, el único y auténtico «peligro amarillo» que existió desde que el mundo es mundo…

—Me sorprende usted, *sir* William. No logro entender a quién se refiere, por mucho que piense en ello…

—Lo comprendo. Siempre se piensa en políticos y gobernantes. No en un hombre como él, amo y señor de vidas y de regiones enteras en lo más oculto de China. Tan enemigo nuestro como de América, de los rusos o de la China de Mao… En suma: un adversario de toda la humanidad… ¡El doctor Fu-Manchú!

—¿Fu-Manchú? —Sin poderlo evitar, el superintendente Temple soltó una brusca carcajada que hizo temblar las adiposidades de su barbilla—. Oh, cielos, es el mejor chiste que he oído en años…

—¿Chiste? —Cortó glacialmente *sir* William, mirándole con frialdad—. ¿Usted cree, de verdad, que es un chiste? ¿No admite la existencia del doctor Fu-Manchú?

—Pues… no, señor, la verdad… —tartajeó James F. Temple, desorientado, sin saber qué decir tras aquella inesperada seriedad en el gesto y la voz de *sir* William Boyle—. He oído hablar de él en relatos, en historias de ficción, incluso en fantasías para niños, pero en nada serio, como… como eso que usted ha sugerido…

—Y. sin embargo, es serio. Y bien serio, amigo mío. Tanto, que hasta los escépticos americanos pretendieron destruirle. No sé si lo han logrado o no. Lo cierto es que esos dos hombres de la CIA cometieron algún error irreparable. Y la muerte les alcanzó antes de abandonar el continente asiático.

—Pero… ¡pero Fu-Manchú no existe, señor! —rechazó casi

violentamente el policía de New Scotland Yard.

—¿Seguro? —Le miró, sarcástico, *sir* William, tabaleando con sus dedos sobre el *dossier* de tapas rojas que tenía ante sí—. ¿Y qué diría usted, entonces, de este asunto que aún permanece sin resolver en los archivos de nuestro Servicio de Inteligencia, superintendente Temple?

Y éste, asombrado, clavo sus ojos en las palabras escritas con rotulador grueso sobre las tapas plásticas del *dossier* secreto de los archivos del *Intelligence Service* británico:

Dossier Fu-Manchú

Y debajo, la fecha de inicio del caso inconcluso:

Año 1920

—¡Mil novecientos veinte! —Rechazó el superintendente con énfasis—. Cielos, eso significa que ese hombre existe desde hace mucho más de cincuenta años… Si vive, ahora sería un anciano inofensivo…

—Un anciano, si —afirmó calmosamente *sir* William Boyle—. Un anciano de muchos más años de los que usted imagina, amigo mío. Se dice…, se dice que Fu-Manchú superaría ahora los cien años de vida… si existiera.

—Pero son demasiados años para un hombre. Nadie es peligroso a esa edad. Y además… dicen que ha muerto, ¿no? Que esos americanos le eliminaron…

—Quizá lo eliminaron, no sé… Quizá, superintendente. Pero me temo…, me temo que la cosa no sea tan fácil. Me temo que no es tan sencillo matar a Fu-Manchú, después de todo…

CAPÍTULO III

—No, Ivy, querida. No es tan fácil matar a Fu-Manchú, puedes estar segura de ello.

Ivy contempló a su padre, pensativa. Ella había sido la última hija. Y la única con vida. La guerra mundial se había llevado a dos hermanos suyos. Y una extraña dolencia, al tercero. Ella se quedó sola. Su padre, jamás aclaró nada sobre la muerte del tercer hijo varón, pero siempre estuvo segura de que había algo insólito y difícilmente explicable en su modo de morir.

Ahora, todo eso quedaba lejos. Muy lejos. Era él quien la preocupaba. Su propio padre enfermo. Muy enfermo. Según su médico de cabecera, el eminente doctor Vaughan, de Harley Street, gravemente enfermo. Según ella y su propio criterio… mortalmente enfermo.

Ivy era valerosa. Muy valerosa. Pese a su juventud, se sentía capaz de soportar estoicamente todo. Cualquier cosa, incluso la peor. Pero la gravedad extrema de su padre era lo peor que podía ocurrirle. Y más aún. Significaría que, por vez primera, estaría sola.

Sola en la mansión señorial de los Nyland Smith. Sola. Sin hermanos, sin su anciano padre y cuanto él representaba para ella, desde que fuera niña y creciera sin llegar a conocer a su madre, muerta al nacer.

No es que setenta años fuesen una edad desmesurada. Pero *sir* John Nyland Smith había envejecido prematuramente. Quizá fue la pérdida de sus hijos. Quizá la dura lucha sostenida durante su juventud en las colonias británicas. No había querido hablar de ello demasiadas veces. Pero para todo el mundo, él fue siempre el enemigo mortal del más poderoso criminal de la Tierra. Y eso, Ivy no podía ignorarlo (*Sir Nyland Smith: tradicional adversario de Fu-Manchú, en las obras orientales de Sax Rohmer, su creador literario.*

Simbolizaba el poder occidental frente al «peligro amarillo», el héroe colonial, frente al tirano oriental, conforme a un maniqueísmo muy propio de la época, que aquí quizá sea lo menos importante).

Por eso ahora, ante las noticias llegadas de Estados Unidos, el escepticismo de su padre se había manifestado abierta y claramente:

—No, hija. No puedo creerlo. Muerto el doctor… Me parece imposible. Hay cosas que no pueden ser destruidas fácilmente. Lo sé.

—Pero, papá, esos hombres… ejecutaron con sus propias manos al diabólico doctor. La CIA cree tener pruebas do que así sucedió…

—¡Bah! ¡La CIA! —Repitió despectivamente *sir* Nyland Smith—. Hija mía, no creo en esas organizaciones actuales, para las cuales matar es casi un oficio, como podría serlo para el sindicato del crimen. No tienen cerebro. Sólo pistolas. Y dinero. Mucho dinero… Hace falta más, bastante más, para acabar con el símbolo de Fu-Manchú…

—Un símbolo no es fácil de destruir. Pero un hombre, por poderoso que sea… puede ser vencido, papá. Entonces, tú luchabas solo, frente a él. Ahora es diferente. Son países, organizaciones, gobiernos… Demasiadas fuerzas unidas para ser burladas por un solo adversario, por poderoso que éste sea. Puede haber muerto, no lo dudes.

Sir John Nyland Smith miró a su joven hija Ivy. Bajo los cabellos blancos, en el rostro rugoso, cansado, curtido por los años y los recuerdos, sus ojos claros brillaron con un relampagueo todavía joven, vital. Se encogió en su butaca de enfermo, sobre el fondo hogareño de la chimenea encendida, las estanterías de libros, los cuadros de cacerías y el mueble bar con copas de cristal y botellas de scotch, oporto o Sherry.

—No me has comprendido —musitó—. El hombre pudo morir. Ya era muy viejo. Mucho más, infinitamente más que yo. Un enemigo joven y temerario pudo sorprenderle y abatirle, no lo dudo. Pero… ¿acabó eso con Fu-Manchú, Ivy?

—No te entiendo, papá. Si él ha muerto…, todo ha muerto con él, ¿no es cierto?

—No, no es cierto, Ivy… No necesariamente muere la obra con el hombre, su creador. Lo malo es que «algo» sobrevive. Y en el caso de Fu-Manchú, conociendo sus raros poderes, sus fuerzas

enigmáticas, telúricas casi, su mentalidad superior, su culto a las cosas desconocidas… ¿quién nos asegura ahora que ese “algo” no ha sobrevivido a su dueño, para desgracia de los demás?

—Aunque algo sobreviva, ¿puede ser tan fuerte como la persona que lo ha creado?

—Cuando esa persona es Fu-Manchú… sí, Ivy, querida… Puede ser tanto o más fuerte que él mismo. Puede ser una fuerza latente, que flota en la atmósfera, que está cerca de uno sin apenas sentirlo… —extendió sus brazos en el aire, con cierto movimiento trémulo. La claridad anaranjada de la fogata del hogar, se mezcló con la luz rojiza de dos lámparas de pantalla carmesí. Su voz adquirió un matiz vacilante, lleno de raras incertidumbres—. Incluso ahora llego a pensar a veces…

—¿Qué, papá?

—Llego a pensar que ese «algo» flota cerca, más cerca de nosotros de cuanto imaginamos… Tuve antes, esta misma noche, como un presentimiento. O quizá no fue eso, no sabría decirlo…

—¿Qué clase de presentimiento? —Se inquietó ella, aproximándose a su padre.

—La rara sensación de que…, de que había alguien aquí, entre nosotros… —Sus brazos cayeron bruscamente sobre la manta que cubría sus piernas cansadas—. Bah, tonterías, sin duda. Aunque algo le haya sucedido a mi enemigo… hace ya años, muchos años que no nos enfrentamos. Quizá él me haya olvidado a mí, aunque difícilmente pueda yo olvidarle a él, Ivy… Bueno, deja de escuchar estas paparruchas, hija mía. No hagas caso de ellas. Tu padre ya no es el joven heroico que se enfrentaba a las trampas y cepos mortales de mi temible enemigo de entonces. No, ya no. Ahora solamente se trata de un pobre viejo fatigado, que ve extinguirse lentamente su vida, y que ya no teme a la muerte, porque ésta llegaría de todos modos, aun sin el peligro de las fuerzas ocultas del mandarín diabólico, del celestial señor del
Si-Fan…

El campanilleo de la puerta detuvo a *sir* Nyland Smith. Frunció su ceño canoso, mirando, intrigado, a su hija. Ivy se estremeció levemente, con gesto preocupado. Giró la cabeza y escuchó. Tras un corlo silencio, el mayordomo asomó a la puerta del gabinete, tras golpear con sus nudillos de modo respetuoso. Luego, extendió una

bandeja de pinta hacia Ivy Nyland Smith.

—Un… un joven caballero desea verles a usted o a su padre, señorita —habló el servidor—. Le he dicho que *sir* Nyland estaba enfermo, y no podía atenderle. Entonces él insistió en verla a usted, señorita… lo antes posible.

—¿Lo antes posible? —Ella repitió la frase, enarcando sus cejas con gesto interrogativo, al tiempo que tomaba la tarjeta de visita—. ¿Conocemos, acaso, a ese caballero?

—No, señorita —se apresuró a negar vivamente el servidor—. Mucho me temo que… que no. No le vi antes por aquí. Pero ha insistido tanto y de modo tan apremiante, que…

Ivy contempló la tarjeta. Perpleja, la tendió a su padre. Éste la tomó, leyendo en voz alta, con tono sorprendido:

—Chang-Lo… Un oriental…

—Sí, señor —afirmó el criado—. Un joven oriental… vestido a la europea, desde luego. Habla correctamente el inglés, parece todo un caballero…, pero es un oriental.

—Entiendo —sonrió *sir* Nyland Smith, ante el prejuicio que asomaba a las palabras de su servidor—. ¿No… no ha dicho de qué se trata, por qué viene a mi casa…?

—No, señor. Dijo que sólo se lo comunicaría a ustedes. Y que es muy urgente. Que es mejor hablar antes de que sea demasiado tarde…

—Demasiado tarde… ¿para qué? —preguntó Ivy, preocupada.

—No sé, señorita. No lo dijo…

—Está bien. Iré a verle —miró a su padre, esperando una negativa o una advertencia en él. No hubo tal cosa. Y resueltamente, Ivy Nyland Smith salió del gabinete, precedida por el mayordomo, camino del vestíbulo de la casa.

Desde lo alto de la escalera, contempló al joven de alta estatura que la aguardaba abajo. No era frecuente en los orientales ser tan altos. Sus facciones eran muy conectas, mitad asiáticas, mitad europeas. El tono de Su piel tampoco era muy aceitunado.

Él alzó la cabeza al oír sus pisadas por los escalones. La miró. Sus ojos se encontraron. Los muy azules de Ivy, y los muy negros y profundos, de almendrados rasgos, del desconocido joven que decía llamarse Chang Lo.

—Soy Ivy Nyland Smith —dijo ella escuetamente, antes de llegar

abajo—. ¿Ha dicho que quería verme con urgencia, señor Chang-Lo?

—Sí, señorita Nyland… —suspiró el joven, en un perfecto inglés —. ¿Y su padre? ¿Se encuentra bien?

Parecía desprenderse de sus palabras una rara preocupación, una incertidumbre que inquietó a Ivy. Ella arrugó su ceño para responder con cierta frialdad:

—Sí… Se encuentra perfectamente… dentro de las circunstancias. Está muy enfermo, no sé si lo sabe. Su… su corazón ya no está demasiado fuerte…

—Lo siento —el joven oriental bajó la cabeza. La luz de la araña de cristal del vestíbulo, arrancó destellos azules a su lustroso cabello—. Sabía que no estaba bien, pero no pensé que fuese tan serio. De todos modos… aún vive, ¿no es cierto?

—Sí, claro. —Ivy le estudió con asombro, ya al pie de la escalera.

—Dios sea loado… —musitó el joven con voz ronca—. Celebro llegar aún a tiempo…

—¿A tiempo? ¿De qué? —se extrañó Ivy, agitada a la vez, sin saber el motivo real de su agitación.

—De salvarle, quizá —la miró Chang-Lo fijamente—. A él… y a usted.

—¡A mí! Pero… ¿de qué? ¿Está usted convencido de lo que dice? ¿No habrá un error en todo esto?

—No. Desgraciadamente, no existe el menor error, señorita Nyland —aseguró firmemente el joven de facciones orientales—. He procurado llegar aquí lo antes posible. Lo intenté todo, pero no pude adelantarme más. Ahora que me encuentro aquí, que sé que arribé a tiempo…, por favor, trate de escucharme, de hacer lo que voy a pedirle, por extraño y absurdo que ello le parezca…

—Pero… ¿de qué se trata? —Musitó Ivy Nyland Smith, perpleja —. ¿Qué debo hacer yo?

—Sólo lo que yo le diga, si quiere salvar su vida y la de su padre. Y quizá evitar males infinitamente mayores, puede creerme.

—Señor Chang-Lo, difícilmente podré ayudarle en nada ni cooperar, si no sé nada de usted, si ignoro los motivos de su presencia aquí… Mi padre tuvo relaciones, en su pasado, con hombres de su raza, es cierto. Pero de eso hace ya muchísimos años.

¿Quién es usted, exactamente? ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Ya veo que no se fía demasiado de mí —dijo amargamente el joven, sacudiendo la cabeza—. Creo entender sus sentimientos, señorita. Mis facciones, mi raza… Sin embargo, le debo anticipar que soy también occidental en parte… Hay mezcla de sangre en mis venas…

—Pero… ¿quién es usted? —insistió Ivy, rotunda.

—¿De veras necesita saber eso para confiar en mí? —preguntó, con voz grave, el joven oriental.

—Quisiera confiar en usted. Pero no puedo. Por eso preferiría que me respondiera directa y sinceramente. Sólo a eso, por favor…

—Está bien. Le responderé sólo a eso —una vaga sonrisa triste asomó a los labios del joven—. Pero ignoro si ello servirá de algo… o terminará de estropearlo todo. Yo, señorita Nyland, soy… soy hijo de una persona que su padre conoció muy bien. Soy… hijo del doctor Fu-Manchú…

Ivy quedó sobrecogida. Incrédulamente, contempló a su visitante, sin saber qué hacer o qué decir. Hubo en sus ojos un brillo de infinito estupor, muy fijos en su interlocutor de rostro anguloso y exótico.

—El hijo… de Fu-Manchú… —susurró, atónita.

—El mismo. Y he venido para advertirla de que…

En ese momento llegó el alarido ronco de arriba. Y el golpe seco de un mueble o de un cuerpo sobre el pavimento de madera. Ivy, palideciendo, elevó sus ojos a lo alto. Gritó con voz tensa:

—¡Padre!

Chang-Lo jadeó, mirando con horror a la joven, al tiempo que emprendía veloz carrera hacia la escalera ascendente:

—¡Pronto, señorita! ¡Me temo que, pese a todo, haya llegado demasiado tarde…!

Aferró a Ivy por una mano. Corrió vertiginosamente, escaleras arriba, arrastrándola tras sí. Arriba, el grito ronco se repitió, pero más apagado, como un murmullo o un estertor.

Alcanzaron ellos la planta alta. Corrieron, siempre con el joven Chang-Lo por delante, guiado por los sonidos de aquella voz y por el golpe anterior. Además, por las puertas deslizantes, de recia madera, de la biblioteca de *sir* Nyland Smith, se filtraban fulgores anaranjados y rojizos, dibujando un rectángulo cambiante sobre la

alfombra del corredor.

—¡*Sir* Nyland! —Gritó roncamente el muchacho—. ¡Por Dios, no debe suceder…!

Alcanzaron el umbral del gabinete. Se detuvieron en seco. Ivy gritó con voz rota, precipitándose dentro de la estancia:

—¡Papá…! ¿Qué te sucede…?

Él se agitaba en el suelo, convulso, como debatiéndose, forcejeando con algo que sólo pudiera existir en su imaginación. Un invisible enemigo que se enroscara a él lo mismo que una sierpe sin forma ni materia…

Desde el suelo, *sir* Nyland Smith contempló a su hija, al joven oriental, que clavaba en él sus ojos dilatados por el horror… Alzó un brazo, señaló con una mano, con un dedo trémulo, no se supo si o Ivy, al joven recién llegado… o nadie en particular.

Y *sir* Nyland jadeó con un estertor apagado, con la muerte reflejada en su semblante ceniciento:

—Al fin… el gran enemigo… se cobra su pieza… Es… es el doctor… Fu-Manchú… Ivy… hija… ¡cuidado! Cui… dado…

Dirigió una última y patética mirada a Ivy. Otra, quizá a Chang-Lo. Luego, se derrumbó de bruces. Se quedó inmóvil, con el rostro pegado a la alfombra, junto a su derribado sillón… Los ojos dilatados, vidriosos, sin expresión ya.

Ivy supo que estaba muerto. También Chang-Lo. Cayó sollozando ella, junto al cuerpo sin vida de su padre. El joven oriental dio unos pasos, demudado, mirando en tomo, al vacío, a la nada, como si el aire mismo ocultara el secreto de aquella muerte inesperada, y súbita. Pero en la estancia no había nada. Nada, salvo la luz carmesí de las lámparas y el chisporroteo de los leños en el fuego, desprendiendo una claridad difusa y fantasmal, que agrandaba las sombras en los muros.

Ivy, de súbito, alzó la cabeza. Miró, acusadora, a Chang-Lo. Le señaló con dedo trémulo, tembloroso y acusador.

—Maldito… Con usted llegó la muerte a esta casa… ¡El hijo de Fu-Manchú! ¡El emisario de la muerte! ¡Fue usted quien aniquiló a mi padre, porque ese monstruo se lo ordenó antes de morir!

—Señorita Ivy, no puede decir eso… —gimió él, aturdido.

—Ya lo veo… Algo sobrevive a los hombres… ¡Sus propios hijos! Usted es la herencia de Fu-Manchú… El hijo del mal… ¡Y ha venido

a cumplir lo que su padre jamás pudo hacer! Ahora ya puede estar tranquilo, ser feliz por completo… ¡*Sir* Nyland Smith, el odiado adversario, ha muerto! Y usted… ¡usted es su verdugo!

Se precipitó sobre el teléfono inmediato. Lo descolgó, furiosa, luchando contra su llanto, contra su dolor y su exasperación. Marcó unas cifras, contemplada por el joven pálido e indeciso que permanecía ante ella.

—¿Policía? —Preguntó Ivy, apenas terminó de marcar y alguien se puso al aparato—. Aquí la residencia de *sir* Nyland Smith… Soy su hija Ivy… y voy a denunciar un asesinato… Si, el de mi propio padre… ¿El asesino? Está aquí ante mis ojos…

Chang-Lo no vaciló ya. Dio media vuelta y echó a correr, en dirección al corredor. Su voz ronca llegó hasta ella ásperamente:

—Ni usted ni ellos creerían ya en mí… Debo irme, señorita Nyland…, pero yo sólo vine a evitar lo inevitable… y a impedir que usted misma sea víctima de algo cuyo poder no imagina siquiera… ¡Algo que mató a su padre y ahora puede matarla a usted! Trataré de evitarlo, pese a todo…

Sus pasos se perdieron escaleras abajo. Ivy Nyland Smith soltó el teléfono, rotos sus nervios, destrozada su entereza. Cayó de rodillas junto al cadáver de su padre. Sin advertir siquiera que las llamas amarillentas y anaranjadas que lamían los leños del hogar parecían ahora imitar extrañas formas reptantes, de rostros flamígeros… como dragones llameantes… Una rara vibración, como el sonido de una ráfaga de viento en el exterior, en la noche desapacible del otoño londinense, golpeó los cristales y pareció emitir un sonido sibilante y extraño…

Ivy se estremeció, horrorizada, sintiéndose como sujeta en la fría, viscosa telaraña de una presencia irreal y espantosa. Para ella, aquel sonido tuvo todas las apariencias de una diabólica risa llegada desde las sombras mismas de la muerte, como gozando de un triunfo de ultratumba…

CAPÍTULO IV

—Es como el fin de un mito… *sir* Nyland Smith en persona. Claro que ya era un hombre enfermo, de edad avanzada… Pero él simbolizó mucho en esa lucha del pasado, frente al mal, personificado en un hombre que luego permanecería décadas enteras sin dar la menor señal de vida…

—Dicen que uno muere en Asia… y vemos morir al otro en Londres —suspiró *sir* William Boyle cansadamente—. Si es cierto, los dos colosos han desaparecido.

—Pero el ejecutor de *sir* Nyland no ha sido hallado —comentó el superintendente Temple—. La hija nos llamó apenas vio morir a su padre. Y, sin embargo… nada nos fue posible lograr. El joven Chang-Lo, que se calificó a sí mismo como «hijo del doctor Fu-Manchú»… no aparece por parte alguna.

—Usted habló de «ejecutor»… sin recordar que, según el dictamen forense, *sir* Nyland murió de un súbito ataque cardiaco —sonrió irónicamente el hombre del Servicio Secreto.

—No olvido nada. Sé muy bien lo que dijo el forense, pero…, pero sigo pensando que hay algo más que un vulgar colapso en la muerte del veterano luchador. Recuerde el testimonio de Ivy. Su padre dijo algo así tomo: «El gran enemigo se cobró su pieza… Es el doctor Fu-Manchú…». Luego, añadió algo, recomendando cuidado a su hija. Y murió.

—Pudo tener una simple visión, un delirio. Les sucede a los hombres de su edad…

—Pero no a *sir* Nyland, señor —rechazó Temple, enérgico—. Él no era de esa clase de ancianos enfermos. No se dejaba llevar por alucinaciones ni fantasías. Evidentemente, vio o captó algo… Y ese «algo» provocó el fallo de su corazón. No me pregunte cómo. Es algo que quizá pueda explicarme mejor usted, *sir* William, que

conoce ciertos aspectos del misterioso caso del doctor Fu-Manchú. Yo admito que soy solamente un policía vulgar. Un funcionario que trabaja con cosas tangibles, con pruebas y evidencias, no con aquello que está más allá de mis ojos y de mi entendimiento…

—Pues aun así, mi querido superintendente, nada puedo decirle que le ayude a ver claro en este asunto. Lo único que podemos hacer es buscar al joven hijo del doctor Fu-Manchú, el muchacho que escapó de casa de los Nyland, tras morir el padre de esa joven tan atractiva…

—¿Cree, realmente, que él pueda ser el asesino, el brazo ejecutor de su padre?

—Todo pudiera ser. Es lo más factible, con la lógica en la mano. Recuerde que si el genio del mal ha muerto realmente… su herencia sólo podría ser continuada por alguien de su misma estirpe. Su hijo es un perfecto sospechosa, no hay dada.

—Pero ¿cómo pudo hacerlo? Estaba en el vestíbulo con la joven señorita Nyland, mientras *sir* Nyland caía agonizante…

—El genio de aquel monstruo era capaz de cosas infinitamente más difíciles que ésa, superintendente. Dicen que poseía *zombis*, mongoles a quienes privaba de lengua y cerebro, una vez muertos, para convertirlos en sus autómatas ejecutores… Quizá algo de eso hubo en el doble asesinato de Hong Kong. Pero con el tiempo, el doctor Fu-Manchú pudo ir mucho más lejos en sus investigaciones científicas y de ocultismo, hasta lograr… la muerte a distancia. Silenciosa y despiadada. Capaz de acechar y golpear a cualquiera de nosotros… en cualquier lugar del mundo.

—¿De veras admite la existencia de un poder así?

—Procediendo de Fu-Manchú, todo puede admitirse…

—Yo seguiré teniendo mis dudas, en tanto no sepa cómo pudieron asesinar a *sir* Nyland Smith, sin que ni asesino ni arma fueran visibles en el gabinete del crimen… Es más, prefiero, incluso, dudar que la muerte de ese hombre fuese un asesinato…

—Yo también… al menos hasta hablar con el hombre que mejor puede aclararnos ciertas dudas al respecto —admitió *sir* William Boyle—. Me refiero al doctor Hugh Vaughan, médico personal do *sir* Nyland Smith y gran amigo de la familia…

* * *

El doctor Hugh Vaughan suspiró, alejándose de la cama de su clínica donde atendía el caso más grave de cuantos tenía por entonces entre manos.

—Ivy, criatura… ¿Qué ha venido usted a hacer aquí a semejantes horas de la noche? —La reprendió con firme tono de reproche—. Y apenas cuarenta y ocho horas después de que su padre falleciera…

—Siento molestarle en su trabajo, doctor Vaughan —murmuró ella, contemplándole con patética pero serena expresión, desde aquel ovalado rostro suyo, pálido y triste, enmarcado en el tono rojo brillante de sus cabellos—. Pero no pude esperar más en casa, en esa soledad terrible que me deprime… He venido para hablar con usted, para salir de dudas de una vez por todas, para saber si mis temores horribles son sólo eso, temores sin sentido… o si debo pensar que, realmente, me enfrento a algo espantoso, sin forma ni dimensión…, pero que significa la muerte cierta.

—Criatura, no debe torturarse con esas cosas. Cierto que se ha quedado muy sola, pero yo mismo la avisé repetidas veces sobre esa circunstancia. Últimamente, su padre estaba muy debilitado. Eso podía suceder en cualquier momento, compréndalo…

—Pero sucedió cuando el hijo del doctor Fu-Manchú llegaba a nuestra casa… ¡Yo sé que mi padre no murió por un simple fallo cardiaco, digan todos lo que digan! Usted, doctor Vaughan, no puede engañarme… Atendió a mi padre siempre, es más un amigo que un médico de los Nyland Smith…

—¿Qué quiere que le diga, muchacha? —resopló el doctor Vaughan amargamente, moviendo su canosa cabeza, de ralos cabellos en desorden. Miró atrás, preocupado, al cuerpo fornido y gigantesco que reposaba entre las sábanas—. La muerte no repara en nadie, Ivy. Ahí tiene a un paciente mío con quien mi lucha ha sido desesperada. Y he perdido definitivamente la batalla.

—¿Definitivamente?

—Sí. Era un joven deportista. Un atleta. Todo músculo, vigor, fortaleza y energía. Un titán, un superhombre. Su cuerpo, su físico, no admiten comparación con ningún otro. ¿De qué le sirve ahora todo?

—¿Está tan grave?

—¿Grave? Desesperado es su estado, Ivy. No durará más de unas

pocas horas, estoy seguro. Sufrió un derrame cerebral. No va a superarlo. Su cerebro está virtualmente paralizado, en coma. Es cuestión de tiempo el fallecimiento. De muy poco tiempo…

—Dios mío, pobre muchacho… —contempló aquella joven mole en la agonía, con ojos pesarosos. Luego, los volvió hacia el doctor, con una nueva expresión—. Todo eso es muy penoso y lamentable, doctor. Pero no tiene nada que ver con mi padre. Él era anciano, enfermo y débil, sí. El forense dijo que la muerte era perfectamente natural. Yo no lo acepto. No fue así, ¿verdad, doctor? Usted lo sabe. Usted ha hecho un examen más a fondo al cuerpo de mi padre, tras la autopsia, eso me consta. ¿Por qué?

—Bueno, era un amigo, además de un paciente. Quise salir de dudas.

—¿Y… salió de ellas, doctor? —le apremió Ivy Nyland Smith.

Vaughan giró la cabeza, incómodo. El acoso verbal de la joven parecía desarmarle por momentos. Ya no sabía qué hacer ni que decir. Tragó saliva. Finalmente, se resolvió a murmurar con voz ronca:

—Verá, Ivy, muchacha… No es nada evidente ni fácil de probar… Ha sido sólo una… una idea mía, pero…

—Pero ¿qué, doctor?

—Bueno, podría caber la posibilidad de que algo externo hubiera provocado el colapso cardíaco de *sir* Nyland…

—Algo… como ¿qué?

—Eso es lo curioso. No lo sé, muchacha. No sabría decirlo… Pudo ser un impulso, la emisión de algo concreto, una onda mortífera imaginaria… o quizá algo más fantástico aún.

—¿Más fantástico? Como… ¿qué cosa, por el amor de Dios, doctor Vaughan? ¿Qué puede haber más extraño e increíble que un impulso o una onda de muerte hacia un corazón enfermo?

—No sé… Quizá… quizá el deseo, la voluntad, la orden de que *sir* Nyland muriese en ese momento.

—Dios mío… —retrocedió ella, muy pálida, realmente horrorizada, mirando, incrédula, al veterano doctor—. ¿Se imagina algo tan espantoso? No es posible… Usted se burla de mí, doctor…

—Nada más lejos de mi intención, Ivy querida. Yo conocía a su padre. No era fácil impresionarle o aterrorizarle de ninguna forma para provocarle un fallo cardíaco. Tampoco estaba en condiciones

de morir inmediatamente. Es… es como si alguien hubiera hallado el modo de matar, de destruir… sólo con desearlo, Ivy. Espantoso…, pero posible tal vez. Posible en un ser de suficiente poder, de voluntad para ello…

—Si eso fuera cierto, ante un ser así…, todos estaríamos en peligro, doctor —tembló Ivy, angustiada.

—Exacto, muchacha, exacto… Todos podríamos morir…, sólo con que él lo deseara…, pero naturalmente, es sólo una teoría. Una fantástica teoría de un viejo médico chillado —sacudió la cabeza el doctor Vaughan—. No me haga demasiado caso, Ivy…

—Lo malo es que yo…, yo había pensado también algo así, doctor —manifestó ella roncamente, logrando que el rostro del viejo médico se nublara con una repentina expresión de incertidumbre y horror.

* * *

Chang-Lo miró en torno, preocupado. Cubrió su rostro tras el periódico desplegado. Meditó, con expresión sombría, mientras aquellas personas pasaban frente a él, y el *policeman* realizaba su ronda por la acera opuesta.

Los ojos del joven oriental revelaban tensión. También sus manos, crispadas sobre el periódico que hojeaba, sin mirarlo siquiera, sin leer sus letras impresas. Se sabía buscado, perseguido. La denuncia de Ivy Nyland había sido concreta. Los policías ingleses sabían lo que tenían que buscar.

Un joven de raza asiática, vestido a la europea, de alta estatura, delgado y de facciones angulosas y aspecto agradable. Había oído esa descripción suya en un boletín de radio y en otro de televisión.

Ignoraba si el hecho de parecer igual a cualquier otro ciudadano británico, con aquellas gafas oscuras sobre el rostro, el impermeable y el sombrero flexible, siempre que no descubrieran su rostro de rasgos orientales, le permitiría pasar el tamiz espeso y difícil de la vigilancia policial por todo Londres. Era un riesgo que, inexorablemente, debía correr, si no encontraba un sitio donde ocultarse, para no ser visto por nadie.

Chang-Lo estaba vigilando en derredor suyo, sabedor de que no sólo se enfrentaba a un peligro cierto e inmediato, como era el de la propia ley inglesa, sino a otros riesgos infinitamente más sutiles y

amenazadores para su persona. Riesgos que nadie entendería ni aceptaría, ciertamente, puesto que era difícil explicarlos. Y más difícil aún admitirlos como ciertos, creer en ellos, siquiera por un momento…

Sólo un hombre en toda Inglaterra hubiera escuchado sus palabras, prestándoles crédito. Y ese hombre, ahora, estaba muerto. Muerto por un poder oculto y letal.

Ese hombre había sido *sir* Nyland Smith.

Ya no podía remediar nada en ese sentido. Era preciso seguir adelante, completamente solo. Sin que nadie creyera en él. Sin posibilidad de avisar a las personas amenazadas. Y lo que era peor: amenazado él mismo.

Amenazado de un modo implacable y mortal. La traición no tenía perdón entre los suyos. Ni su padre ni su hermana perdonarían nunca a quien no era como ellos.

Chang-Lo bajó el periódico. Los policemen no eran visibles ahora. Circulaba poca gente por el lugar. Miró a uno y otro extremo de la esquina de Saint James Park. La iluminación callejera nocturna apenas si lograba borrar la tenue bruma que flotaba sobre la ciudad. Era una noche húmeda y desapacible. El asfalto parecía charol negro, y reflejaba la luz de farolas y de escaparates, así como de los anuncios luminosos de cinematógrafos y establecimientos comerciales o productos de consumo.

Buscó las zonas menos iluminadas para moverse sin ser muy visible a quienes se cruzaban con él en las aceras. Cierto que no era el único oriental en Londres, pero era mejor eludir cualquier riesgo innecesario.

Cruzó una calle. Luego, otra. Miró atrás. Nadie le seguía, ciertamente, pero lo cierto es que tampoco esperaba ser seguido por persona alguna. Había sido simple movimiento instintivo. Sabía que el Si-Fan y sus siniestros servidores no necesitaban recurrir a métodos tan burdos para vigilar a sus enemigos.

Se sabía vigilado. Se sentía vigilado por mil ojos invisibles, dispersos en la noche londinense. Tan en peligro como si continuara en el propio templo de la hermandad oriental, cerca del féretro de su padre, cerca de Tsai Wong, cerca del poder maléfico de aquel

personaje que le diera el ser…

Para ellos no había distancias. Ni mares, ni continentes. Nada podía separarles de su objetivo. Los tentáculos llegaban lejos. Muy lejos. Se preguntaba si no serían, realmente, infinitos…

Sin darse apenas cuenta, se encontró en la vecindad del único lugar adonde no era prudente aproximarse: la mansión de *sir* Nyland Smith. Detuvo sus pasos, vacilante. Miró las luces de la casa, la puerta cerrada, a la que daban acceso tres escalones, tras la verja de entrada.

Se echó atrás, quedándose pegado a una esquina de la amplia avenida, junto a unos árboles.

Aquel mismo día, *sir* Nyland había recibido sepultura en su mausoleo londinense. Era el fin de una vida heroica, dedicada a la lucha contra aquello que él juzgó siempre peligroso para su país y sus gentes. Había ganado siempre, hasta perder la última batalla.

Dentro de la casa debía de estar ahora, completamente sola, Ivy Nyland. Era la única familia que *sir* Nyland tuvo. De haber alguien con ella, serían criados o amigos, no familiares ni parientes. Esperó un poco, subiendo el cuello de su impermeable oscuro.

La puerta de la casa se abrió antes de las ocho. Salieron varias personas de ambos sexos, despidiéndose de alguien en el umbral. Eran, sin duda, los amigos que se marchaban ya, iras hacer compañía a la joven huérfana. Captó las palabras del último visitante, un hombre de cabello canoso, ralo y escaso:

—Y… recuerde, Ivy, amiga mía… Recuerde esto, sobre todo. Usted no debe dejarse vencer por su amargura y soledad actuales. Siga adelante. Inicie una nueva vida, incluso lejos de Londres, si es preciso. Y no deseche lo que le dije antes: no se fíe de nadie. Es posible que, si existe una venganza, como usted dice, esa venganza vaya más allá de su padre, de su propia muerte… y la pueda amenazar también a usted algún día.

—Sí, doctor Vaughan —respondió la voz de la muchacha—. Tendré todo eso en cuenta… ¿Cómo sigue su paciente ahora?

—¿Harry Rawlins? Muy mal. Me temo que ese muchacho no pase de mañana… Bien, adiós. Ivy, querida. Si algo necesita, no dude en llamarme, y acudiré inmediatamente.

—Sí, gracias, doctor… No lo olvidaré. Buenas noches.

El médico se encaminó hacia el próximo aparcamiento. Se alejó

en un automóvil oscuro en dirección al Strand. Chang-Lo le siguió, pensativo, con la mirada. Luego, clavó sus ojos en la casa. La puerta se había cerrado ya, suavemente. Algunas luces se apagaron en las ventanas, pero no todas.

Chang-Lo se dispuso a alejarse de aquel Jugar, donde realmente nada podía hacer, ni tenía sentido continuar.

Entonces los vio.

Un escalofrío de horror sacudió su cuerpo joven y fibroso. Los vio allí, ante él. Delante de la casa. Avanzando hacia ella, con su rara, especial, rígida lentitud.

Acababan de salir de una zona de sombras, tras un alto seto del vecino parque. Eran como máquinas humanas en movimiento, accionadas a distancia.

¡Los *dakois*!

Los siniestros, implacables servidores del genio del mal. Los fieles autómatas, sin vida ni voluntad. Los asesinos extraídos de entre los muertos. Una de las obras horripilantes del científico monstruoso que fuera su padre… Cadáveres en marcha con una orden fija en sus vacíos cráneos: ¡matar!

Y ahora se acercaban a la casa de Ivy Nyland Smith. A la casa de la muchacha que recientemente perdiera a su padre…

Chang-Lo se movió con rapidez hacia allá. Sus piernas elásticas, ágiles y nerviosas, avanzaron con paso presto, ligero. Una dura y decidida expresión aparecía en el joven, anguloso rostro del muchacho de Oriente. Sus manos se abrían y cerraban con fuera, con latente, contenida furia, capaz de estallar en cualquier momento, aunque al servicio de una mente fría y lúcida, capaz de no nublarse ni oscurecerse por una ciega ira que sólo conseguiría llevarle a una perdición segura.

Los *dakois* eran tres. Pudo identificarlos fácilmente: cráneos rapados, figuras rígidas, pasos tensos, ausencia total de vida, de iniciativa, de flexibilidad. Distaban solamente unas treinta a cuarenta yardas de la verja de acceso a la vivienda de Ivy Nyland.

De súbito, apareció el policeman.

Chang-Lo se detuvo, alarmado. El agente de uniforme había surgido por el lado opuesto a aquél en que él se hallaba. Justo frente a los *dakois* del doctor Fu-Manchú. A la luz de una farola, el rostro rollizo, rubicundo, de erizado bigote rojo, contempló, con

evidente estupor, las facciones siniestras e inexpresivas de los zombis mongólicos.

—¿Qué diablos…? —Comenzó—. ¿Quiénes son ustedes?

Chang-Lo hubiera querido decírselo, avisarle del peligro que corría. Pero recordó que su rostro, su descripción, obraba en poder de los agentes de Scotland Yard. Dejarse ver por uno de ellos, era tanto como dar la alarma. El policeman no le haría caso, y se preocuparía únicamente de acosarle a él.

Por otro lado, recordó, con angustia, que los agentes de policía inglesa no iban armados. Tuvo una breve vacilación. Luchó consigo mismo, con su temor a ser arrestado sin que nadie creyera en sus palabras.

El agente se aproximaba, rápido, a los *dakois*, que habían detenido su marcha, contemplando fríamente a su inesperado interlocutor. Eran capaces de reacciones así, por una razón lógica y primaria: la orden para ellos era la de matar a cualquier occidental que se pusiera ante ellos. Y eso sabían cumplirlo con brutal eficacia, porque la orden estaba grabada en su operado cerebro, en aquella mente que sólo servía para obedecer las órdenes distantes de su amo y señor.

Claro que ahora, el amo y señor estaba muerto, pero…

Pero, de todos modos, algo mantenía latente su ciega obediencia al poder superior, fuese éste cual fuese… Chang-Lo podía darse perfecta cuenta de ello.

—¡No se acerque a ellos, agente! —Gritó en su perfecto inglés, súbitamente, alzando un brazo—. Son asesinos. Auténticos monstruos sin vida propia…

—¿Cómo? —El policeman ahora desvió la mirada y le contempló a él con extrañeza, también con desconfianza evidente —. ¿Qué es lo que dijo? ¿Quiénes son ellos… y quién es usted?

—No hay tiempo ahora para explicaciones, agente —cortó el joven oriental con viveza—. No se puede hacer nada si se distrae en cualquier cosa. ¡Vamos, pronto, apártese de esos seres! Podrían destrozarle horriblemente, no lo dude…

—Usted… —Silabeó el agente, arrugando sus hirsutas cejas rojizas—. Usted, amigo… es un oriental, ¿eh? Parece chino… o con mezcla de chino, cuando menos… No me engaña, joven. Sé quién es usted. Será mejor que se considere detenido, y no haga nada por

resistirse. Está arrestado, en nombre de la ley. Podrá hablar cuanto quiera al llegar a la comisaría, no lo dude…

—¡No cometa ese error! —Gritó Chang-Lo, con un gesto vivísimo—. ¡No se acerque a mí! ¡Si se sitúa cerca de esos hombres está perdido!

—Ni ellos ni usted van a hacer nada, esté seguro —afirmó, enérgico, el bobby londinense con un ademán ostensible de llevar a sus labios el silbato que atraería pronto a otros numerosos agentes al lugar de los hechos, por si precisaba ayuda en su labor de arrestarle—. No ponga más difíciles las cosas, muchacho…

—¡No, agente! —Aulló Chang-Lo con voz desgarrada, precipitándose violentamente sobre él para empujarle con violencia y apartarle del trío de *dakois* mortíferos.

El propio policía cavó su tumba, ciego ante el peligro. Su silbato sonó, pero mientras el agente de uniforme eludía el contacto con Chang Lo, pensando quizá en una agresión del sospechoso. Eso le situó justamente encima de los tres seres creados en el laboratorio siniestro de Fu-Manchú.

No pudo hacer nada por evitarlo. El horror estalló ante los ojos impotentes y angustiados del muchacho, en toda su tremenda crudeza. Una mano de acero, los dedos crueles y férreos de uno de aquellos cadáveres vivientes, cayó sobre el rostro del policeman. Le arrojó contra la verja de la vivienda de los Nyland Smith, brutalmente. Su casco golpeó los hierros, pero eso no fue lo peor.

Lo peor había sucedido ya para entonces. La mano del agresor, con su fuerza sobrehumana, de autentico mecanismo, había reventado la boca y nariz del policía, en un impacto devastador. El grito y el silbido del agente brotaron esta vez ahogados por la sangre, los huesos y cartílagos rotos… Y antes de que pudiera rehacerse, luchar de alguna forma contra aquellos monstruosos verdugos, otro de ellos le alcanzó con sus dos manos sobre ambas sienes. Presionó una sola vez, fríamente, y Chang-Lo notó que se erizaban sus oscuros cabellos aceitosos, al sentir el crujido horripilante de los huesos craneales. Los parietales se hundieron, deformando espantosamente el rostro del policeman. Éste se arrugó como si fuese goma, y de sus oídos escaparon regueros de sangre. Al soltarle aquellas manos diabólicas, el infortunado se desmoronó virtualmente, desplomándose en la acera en medio de un baño de

sangre sobre su uniforme azul oscuro, su cabeza hecha añicos por la furia helada de los asesinos sin alma.

Chang-Lo se encontró frente a los tres monstruos que, insensibles, seguían adelante, hacia la puerta de acceso a la vivienda de Ivy. En la distancia, otro silbato respondió al que emitiera poco antes el desdichado policeman… Y otro sonó algo más lejos.

—Quietos ahí —silabeó Chang-Lo, disponiendo sus brazos y piernas en posición de karateka experto—. Quietos, asesinos. No vais a entrar en esa casa… Yo no soy ese policía.

Los *dakois* le miraron estúpidamente, con sus torpes ojos vidriosos. Sus rostros tenían una mueca repulsiva e indiferente. Sobre la frente, se abombaba la piel encima de la hendidura en el hueso, por donde operasen las manos diestras del doctor Fu-Manchú, para convertir a los cadáveres en algo vivo, entregado fielmente a su servicio por tiempo indefinido.

Chang-Lo pestañeó un momento, intrigado, al ver que ellos no le atacaban, no movían sus brazos y manos en forma agresiva contra él. Su sorpresa duró sólo un instante. Luego, recordó la razón insólita de aquella pasividad ante él.

Los *dakois* estaban enseñados a matar solamente a los occidentales.

Y él no era un occidental. No lo era por completo. Poseía suficiente influencia de su padre como para surgir ante los cadáveres vivientes como un perfecto hermano de raza, a quien ellos no habían sido instruidos para atacar…

—Cielos, ¿será posible que pueda manejar esto a mi favor? —murmuró, en tensión todos sus músculos, tendones y nervios, a la espera de acontecimientos, apenas a tres pasos de los temibles *dakois*.

Pero en ese mismo instante, echándolo todo a rodar, a espaldas suyas chirrió una puerta al abrirse. Una voz de mujer soñó ahogada:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes y qué hacen ante mi casa?

Chang-Lo, instintivamente, giró la cabeza. Contempló a Ivy Nyland Smith, en el umbral de la casa, con una gabardina gris sobre su cuerpo esbelto y atractivo, muy rojos sus cabellos a la luz del vestíbulo.

Ivy iba a salir. Precisamente ahora… y sola. Quizá solamente a dar un paseo, a intentar olvidar, sentirse menos sola…, lo que fuese.

—¡Usted! —Retrocedió con ojos dilatados por el terror, al reconocer al joven—. ¡No, no quiero verle de nuevo! ¡Fuera, fuera de aquí…!

Luego, sus ojos vieron el cuerpo del policía muerto, el charco de sangre, del que corrían oscuros regueros hacia la calzada. Su mirada se desorbitó de pánico, de angustia… Miró a Chang-Lo, aterrorizada. Y también a los *dakois*.

Chang-Lo estuvo un instante sin saber qué hacer ni qué decisión tomar.

Todo se precipitó. Ivy osciló, muy pálida, empezando a caer, presa de un desvanecimiento, por los escalones de la puerta de su vivienda.

Los *dakois*, con su maligna mirada de autómatas fija en la hermosa muchacha occidental, parecieron olvidar totalmente la presencia de Chang-Lo… ¡y se movieron implacablemente hacia Ivy, con la muerte reflejada en sus movimientos, en el horror petrificado de su gesto invariable!…

SEGUNDA PARTE

MENTE ASESINA

CAPÍTULO PRIMERO

Ivy yacía en los escalones de su casa. Inconsciente. A merced de sus enemigos.

Chang-Lo permanecía erguido, en guardia, junto a la verja metálica donde asesinaran al policeman.

Y los tres zombis de Oriente, avanzaban sobre la muchacha, eludiendo el encuentro con Chang-Lo.

El joven comprendió la situación. Era Ivy quien había de morir. Alguien había dictado ya sentencia contra ella. Y los ejecutores de mente vacía iban a obrar conforme a lo ordenado. Era su costumbre. Su rutina escalofriante.

—¡No! —Rugió Chang-Lo, con un grito ronco, brusco, como el que exhalan los karatekas en sus ejercicios más violentos—. ¡Eso nunca, maldita horda de peleles!

Y se precipitó sobre ellos, aun a sabiendas de que eran peleles de muerte, monigotes asesinos, bajo su espantoso y feo aspecto.

Sus elásticas piernas, al saltar, le llevaron justamente delante de los tres atacantes. Los contempló. Y ellos a él.

Por un instante, hubo un asomo de duda en los *dakois*. Quizá sus mentes vacías no lograban comprender la presencia de un enemigo de su propia raza, contra todo lo programado y establecido por su amo. Eso favorecía, sin duda, a Chang-Lo, dándole la iniciativa al joven y audaz oriental. Pero por poco tiempo.

Por muy poco tiempo. Apenas un instante después, algo debió alterar sus circuitos mentales de ciega obediencia. Un cambio en la programación alteró sus movimientos. Ahora, la mirada fría, fija en Chang-Lo, parecía descubrir en el oriental a un enemigo.

Ya para entonces, Chang había entrado en acción. No podía ser de otro modo… o era hombre muerto. Dejar la iniciativa al siniestro trío, significaba morir estúpida y brutalmente, como el propio

policeman.

Chang-Lo había saltado sobre el primer *dakoi* con sus brazos adelantados, sus manos planas, golpeando secamente por tres veces sobre la cabeza del enemigo. Sabía dónde golpear. Tras una oreja, en la hendidura de su frente, en su nuca…

Fueron tres impactos del filo endurecido de su mano en karateka. Golpes certeros a puntos precisos de aquellas cabezas vacías, pero provistas de un sistema de contacto con el remoto control de su amo.

Hubo un movimiento brusco en el *dakoi* herido. Luego, se desplomó sordamente, sin una sola queja, sin emitir un sonido por su boca desprovista de lengua. Había aniquilado a uno de los monstruos, pero aún quedaban dos. Y éstos sabían ya que él era un enemigo.

Le atacaron inmediatamente. Uno por cada flanco, con sus terroríficas manazas por delante, para hacer impacto en su cuerpo o en su cabeza. Chang-Lo describió con su cuerpo un salto inverosímil, por encima de las propias cabezas de ambos *dakois*. Fue como si volase sin alas.

Flotó un instante en el aire, mientras las manos rígidas buscaban en vano su cuerpo. Luego, Chang descargó sus pies sobre aquellos cráneos rapados, justo tras la oreja, como hiciera antes. Y al lograr inmovilizarles una décima de segundo, al paralizar sin duda sus sistemas de contacto mental de modo momentáneo, tuvo ocasión de caer encima de los dos corpachones, y repetir los golpes en la nuca y frente de los dakois. Notó dos chasquidos secos, bajo el hueso craneal. Y los dos hombres-robot cayeron al suelo, como barridos por una guadaña invisible.

No estaban más muertos de lo que ya estaban antes de esta batalla increíble y rápida. Chang-Lo sabía eso muy bien. Pero sus cabezas ya no tenían conexión con lugar alguno, con patrón de ninguna especie que les dictara sus órdenes. Eran auténticas máquinas averiadas. Chatarra de carne y hueso.

Respiró hondo Chang-Lo. Miró a la distancia, a los cuerpos azules que emergían por las esquinas. Policías. Compañeros del muerto, acudiendo a su llamada de emergencia. Iba a ser muy difícil explicarles lo sucedido. Era mejor evadirse. O intentarlo, cuando menos.

Ahora se trataba de burlar a varios enemigos, prestos a darle caza a cualquier precio. Sobre todo, si veían al camarada muerto, aplastado virtualmente sobre el asfalto húmedo…

—¡Allí! —Gritó un policía—. ¡Hay un hombre junto a la verja! ¡Es el único que está en pie! ¡Cazadlo!

Chang-Lo vaciló un instante. Miró a Ivy Nyland Smith. Estaba volviendo en sí, entreabría sus ojos, fijos en él. Un instintivo gesto de terror asomó a su pálida y bonita faz.

Chang-Lo trató de explicarse, de justificar algo con voz ronca, quebrada:

—Yo…, yo no soy un enemigo, señorita Nyland… —jadeó—. Sólo pretendo… ayudarla…

Luego, miró a las esquinas próximas, a los policías que, tocando sus silbatos, confluían en el lugar, cercándole. El joven oriental no esperó a más. Si permanecía allí, sería capturado irremisiblemente. Muerto, quizá, si llegaban agentes especiales de paisano. Ésos sí iban armados con revólver reglamentario. Y no dudarían en utilizarlo contra él una vez viesen al infortunado policeman pelirrojo…

Chang echó a correr como un gamo, hacia los setos del parque vecino. Una voz le conminó enérgicamente:

—¡Alto! ¡Entréguese o será peor para usted! ¡Vienen agentes especiales armados, para darle caza, vivo o muerto!…

Parecía cierto. En la distancia sonaba el ulular desagradable de una sirena policial, cada vez más próxima. En cuestión de momentos, aquello sería un perfecto hormiguero policial. Y él no quería ser la miel… Salvó ágilmente, de un salto, los altos setos. Se hundió en la blanda, muelle, oscuridad del parque. Siguió su carrera sin dudar un instante.

La persecución, el cerco, se materializaban entre tanto, alrededor del recinto verde y umbrío. Todas las ventajas estaban de parte de los hombres de Scotland Yard. Él era un extraño en Londres, en la Inglaterra tan alejada de su China natal y del mundo de Fu-Manchú donde él naciera y creciera, junto al tiránico mandarín de cerebro privilegiado y alma oscura y siniestra. Desconocía el terreno que pisaba. Era su primera visita a Inglaterra, su primer recorrido de un Londres grande, desconocido, peligroso. Pero, a la vez, útil como un laberinto para quien huye y no pierde la

serenidad.

Él no la había perdido aún, a pesar de la espantosa aventura vivida, poco antes, frente a los *dakois*. Y procuró, en estos momentos, unir a su astucia de oriental, la sangre fría y flema de su británica madre, aquella hermosa mujer a quien recordaba tan borrosamente, como una de las esposas del doctor Fu-Manchú…, aunque por corto tiempo, ya que la muerte aceleró su agonía de dolor y de miedo junto al terrible esposo elegido por un extraño sentimiento de amor, que quizá él nunca llegara a compartir plenamente.

Y así, Chang-Lo, mezcla explosiva de sangre inglesa y china, aleación de dos mundos antagónicos, de dos razas adversas, siguió su escapada por el amplio parque, perseguido por los policemen. Y más tarde por los agentes de la Brigada Especial, armados de revólver de reglamento, e incluso rifles de largo alcance y mira telescópica. Y. finalmente, hasta por perros policía, que siguieron de cerca su rastro…

Pero Chang-Lo no fue hallado. La batida por el parque concluyó con las luces del nuevo día. Y el fugitivo no había aparecido por parte alguna, ni existían huellas de su paradero o del camino seguido por él.

—Me temo que hemos fracasado otra vez —fue el agrio comentario del superintendente James F. Temple, de la Brigada Especial de New Scotland Yard.

Y ninguno de sus hombres se atrevió a discutirle la razón que le asistía en aquella definitiva y malhumorada conclusión.

* * *

—¿Está seguro de lo que dice, superintendente?

—Totalmente, *sir* William. Por eso le hice venir aquí tan urgentemente —declaró con voz agitada. James F. Temple—. Es inverosímil, lo sé. Pero acaba de ser comprobado por nuestros forenses, sin lugar a dudas. Pase, por favor.

Entraron en la Morgue. Las firmes pisadas de *sir* William Boyle, por el corredor lóbrego y fríamente alumbrado del depósito municipal de cadáveres de la ciudad de Londres, despenaron sordos ecos en los muros de ladrillo. El alto funcionario del *Intelligence Service* se enjugó el sudor que mojaba su frente, comenzando a

despojarse de su gabardina.

—Yo que usted no lo haría, *sir* William —aconsejó el superintendente Temple—. Solamente suda usted por la prisa que se dio en venir. Pero ahí dentro tendrá frío. En este lugar siempre hace frío…

Sir William frunció el ceño, afirmando distraído. Volvió a abotonarse la gabardina y hundió las manos en los bolsillos, caminando ceñudo, junto a su colega de Scotland Yard.

—¿Qué conclusiones ha sacado del asunto? —quiso saber.

—Aún es pronto para eso, señor. Estamos todos demasiado sorprendidos y desorientados con todo esto, se lo aseguro… Es un hallazgo que no tiene sentido. Sin embargo, es así. No hay lugar a dudas de ningún tipo.

—Resulta tan inverosímil… Cierto que habíamos oído rumores, comentarios de personas que aseguraron haber visto a esos servidores infernales del doctor Fu-Manchú en Asia. Pero de eso a… a tener evidencias, a confirmar que todo es rigurosamente cierto… media un auténtico abismo, usted lo sabe.

—Claro. Cuando hallamos sin vida a nuestro infortunado agente Burke, nos sentimos llenos de horror. Era un asesinato poco frecuente. Muerto por trituración de huesos, cartílagos… e incluso masa encefálica. No hay instrumentos que hagan algo así, excepto una prensa o cosa parecida. Poro había ocurrido en plena calle… El joven oriental evadido tenía aspecto de luchador de artes marciales de Oriente, pero que yo sepa, no existe ninguna forma de lucha capaz de machacar así a un hombre. Por aquí, *sir* William, por favor.

Temple abrió una puerta, haciéndose a un lado. Penetraron en una zona más iluminada, pero también más fría y aséptica. Al fondo, una puerta conducía al depósito propiamente dicho.

Un empleado de la Morgue les hizo firmar en una ficha de visitantes. Luego, les condujo corredor adelante, hacia la puerta del depósito.

—¿Qué le hizo suponer que esos hombres eran los culpables?

—Sus manos. Eran grandes, nervudas, macizas. Mostraban callosidades muy fuertes, como si hubieran sido entrenados durante años enteros, solamente para golpear. Eso sí, para golpear mortalmente. Al examinarles más atentamente, advertidos que

todos eran de raza mongólica. Y que todos carecían de lengua, que les había sido mutilada hacía años. La autopsia reveló el resto del horror: ¡no sólo no tienen lenguas, sino tampoco cerebro! Sus cráneos han sido operados, vaciados… después de muertos. En suma, son cadáveres. Lo son desde hace mucho tiempo. Cadáveres animados. Una pequeña parte de su cerebro fue utilizada tan sólo por el monstruoso cirujano que hizo esa obra increíble: aquella que conserva los impulsos agresivos, la pasión de matar, el deseo de destruir… Todo ello debidamente manipulado por un procedimiento quirúrgico increíble, para someterlo a una voluntad ajena. Y con pequeños elementos electrónicos situados dentro del cráneo en puntos clave. Sin duda para recibir transmisiones de determinadas ideas, pensamientos u órdenes mentales… que los autómatas cumplían fría y matemáticamente. Ahora, esos circuitos están gravemente dañados. No hay duda de que alguien los golpeó, destruyéndolos virtualmente. Con lo que esos muertos vivientes dejaron de actuar como robots al servicio de alguien.

Estaban dentro de un recinto iluminado con fluorescentes azules, lívidos. Los rostros parecían allí extrañamente demudados. Pero aún fue peor la visión de los cadáveres contenidos en sus recipientes, con aquel color céreo, aquella rigidez escalofriante, aquella ausencia de paz en los rostros atormentados, crueles y deformen de los *dakois*… o la patética estampa del infortunado agente Burke, con su rostro difícilmente reparado por los forenses, tras la autopsia. Los cuatro cuerpos eran la huella evidente de los sucesos aterradores de la noche anterior frente a la vivienda de Ivy Nyland.

Sir William estudió a los *dakois*. Luego, al agente asesinado. Finalmente, irguió la cabeza, con un estremecimiento. Cambió una larga mirada con el superintendente Temple.

—¿Y el joven oriental? —preguntó—. ¿Cuál es su papel en todo esto?

—No lo sé. Evidentemente, fue él quien dañó los circuitos de los autómatas, eliminándoles definitivamente. Sabía lo que se hacía, no hay duda. En cuanto a la señorita Nyland, su declaración también nos resultó chocante esta vez…

—¿Qué explicó ella? —apremió *sir* William, devorado por el interés.

—Algo que no está muy claro. Ese muchacho, de quien sólo

sabemos que dice llamarse Chang-Lo y ser hijo de Fu-Manchú, ayudó a Ivy contra los dakois. Ella dice que, de no ser por su presencia allí, está convencida de que hubiera muerto a manos de esos monstruos. Y yo no lo dudo tampoco, señor. Parece que los tres se encaminaban a su casa…

—¿Después de *sir* Nyland… su propia hija? ¿Es ésa la idea de Fu-Manchú o de la persona que actúa ahora en su nombre? ¿Desea exterminar totalmente a la familia que encarna al enemigo de siempre, al triunfador de otros tiempos, el joven aventurero *sir* Nyland Smith, siempre dispuesto a jugarse la vida deportivamente, frente a los mil y un peligros que Fu-Manchú ponía en su camino?

—Posiblemente, sí. Primero, debieron provocar de alguna forma el colapso del enfermo. Ahora, recurrieron a sus asesinos sin alma.

—Lo cual nos abre la sugerencia de una terrible posibilidad, superintendente —habló con gesto sombrío *sir* William Boyle—. La peor que podríamos imaginar.

—¿Cuál, señor?

—La presencia del poder de Fu-Manchú, vivo o muerto ese genio del mal… ¡en la propia Inglaterra, quizá en el corazón mismo de Londres!

—Aquí… —Se estremeció el policía con aire nervioso—. Cielos, en nuestra propia casa… ¿Cómo es posible, *sir* William? ¿Qué buscan esas gentes en Inglaterra? Los esbirros de Fu-Manchú, los caballeros del
Si-Fan…
Existieron desde tiempo inmemorial. Fu-Manchú era su máxima jerarquía. Y nunca se desplazaron a nuestro mundo. ¿Por qué ahora?

—No lo sé, amigo mío. Quizá porque algo ha cambiado sustancialmente en sus miras y proyectos. Tal vez haya existido un error, un gravísimo error hasta ahora… y Fu-Manchú no esté realmente muerto…

—Empiezo a sospecharlo; pero entonces, la pregunta sigue en pie: ¿por qué en estos momentos? ¿Qué ha cambiado para que él pudiera venir aquí al frente de sus siniestros servidores a sembrar el horror en Inglaterra?

—Quizá solamente el propio Fu-Manchú, vivo o muerto, pueda respondemos a esa pregunta. O su hijo Chang-Lo, si sabe lo que está

sucediendo… esté él a favor o en contra de su padre…

—¿Consentiría Fu-Manchú que un hijo suyo estuviera luchando contra él abiertamente, *sir* William? —dudó el superintendente.

—No. Sinceramente, no. Eso es lo que me hace suponer que el gran monarca del terror y de la muerte, esté realmente muerto… Y, sin embargo, el poder de Fu-Manchú continúa latente. Yo diría más aún, superintendente Temple: vivo o muerto… sólo el doctor sería capaz de llevar a cabo cuanto está ocurriendo ahora en Londres, lo que antes sucedió en
Hong-Kong…
En suma: ese hombre va más allá de la vida y de la muerte, estoy convencido. No me pregunte cómo, pero si Fu-Manchú ha muerto…, está todavía dando órdenes desde su tumba…

CAPÍTULO II

—Tus órdenes se están cumpliendo, padre mío —susurró Tsai Wong, inclinándose, ceremoniosa, ante la puerta laqueada, color oro y negro, que permanecía cerrada al fondo del singular altar, montado con pebeteros, cortinajes de dragones, el símbolo de Tao, y luces de velones en hilera, cuyo olor a cera se mezclaba con el del sándalo en aquella cámara digna del refugio secreto de Fu-Manchú en el corazón de China… y que, sin embargo, pertenecía al nuevo santuario provisional, montado secretamente en el propio Londres.

»Tu voluntad se respeta y sigue fielmente, como tú hubieras deseado, mi padre y señor. Estamos aquí para respetarte, recordarle y seguir tus pasos hacia la gran victoria final. Sigue ordenando, oh, celestial señor, supremo sacerdote del
Si-Fan…
y nosotros obedeceremos y ejecutaremos con toda fidelidad tus deseos… —Tsai Wong se inclinó, y su batín estampado de dragones, al abrirse, mostró su menuda y aceitunada desnudez de virginal criatura entregado sólo a sus ritos y ceremonias, en recuerdo del difunto doctor Fu-Manchú.

Permaneció unos momentos silenciosa. De su sortija de ópalo, cayó polvillo púrpura al pebetero, y purpúreas nubes de vapor aromático emergieron del recipiente de cobre, formando arabescos de cabalístico sentido en el aire. Ella contempló las figuras serpenteantes con fijeza, como en éxtasis.

A su mente, llegó una «voz», una especie de fluido mental, capaz de absorber todos sus otros pensamientos, y hacerle sólo escuchar aquel mensaje insólito y poderoso, que se extendía por toda su mente, como un torrente de autoridad y de dominio:

—Escucha, Tsai Wong, hija mía… Tú me eres fiel, me respetas y obedeces hasta el fin, y tuyo es, por ello, mi legado. Mas mi otro

hijo, Chang-Lo, no es digno de tu confianza ni de nuestro perdón. Es… es un traidor.

—¡Un traidor! —repitió Tsai, con sorpresa, abriendo mucho sus ojos, fijos en las volutas púrpura de humo embriagador—. ¿Puede un hijo de mí amo y padre, llegar a cometer traición a sus principios?

—Lo hay,
Tsai-Wong.
Ese hombre es Chang-Lo, mi propio hijo renegado. Sólo él pudo vencer a nuestros *dakois* y salvar la vida de nuestro odiado enemigo… Sólo él conocía la forma de destruir a mis leales, de destruir su cerebro, para reducirlos a la mísera condición que tuvieron antes de pasar por mis manos, en otro tiempo: simples cadáveres, incapaces de moverse, de actuar, de ser útiles…

—Oh, padre mío, tu cerebro tiene poder suficiente para terminar con los traidores, ¿no es eso cierto?

—Sí, Tsai, hija mía. Yo todo lo puedo. Mi mente es más poderosa que nunca, en estos momentos, y es ella la que dispone lo que ha de hacerse, pero Chang-Lo es hijo mío y, aunque no lo merezca, disfrutará de otra oportunidad en que pueda rectificar a tiempo y volver a su redil, volver a ser uno de nosotros, parte de mi continuidad y de mi poder sobre la Tierra…

—¿Merece, realmente, un hijo traidor, honores semejantes? —dudó ella, altiva, con tono airado.

—Quiero recuperar a mi hijo, porque será más útil a mi causa, como amigo, que como enemigo. Sabe demasiado sobre mí, para que pueda andar suelto, enfrentándose a nuestro poder, hija mía…

—¿Y si fracasaras, padre mío? ¿Y si de nuevo demostrase Chang-Lo que no es digno de tanto honor, que no merece oportunidades… y volviera a traicionar su causa y su sangre?

—Entonces, no habría perdón para él, Tsai Wong. Eso significaría su final. La muerte para él… Sin remisión. Y cuando Fu-Manchú sentencia a muerte a alguien, aunque sea a su propio hijo… ¡la sentencia se cumple siempre!

—Sí, mi amo y señor —afirmó ella, fervorosa, acariciando con sus manos la laca negra y dorada de la puerta misteriosa—. Así se hará, como tú desees… Dime cuál será esa nueva oportunidad de ponerle a prueba… y te prometo que la llevaremos a efecto, en todo

detalle, cuanto antes mejor.

—Sí… Cuanto antes mejor, hija mía…, porque ardo en deseos de llegar a la cumbre misma de mis proyectos. A la prueba suprema, que enseñará a la Humanidad, toda, el poder sin límites del hombre a quien tanto han odiado y temido, durante años y años… Esta vez, Ivy Nyland Smith debe morir, sin que Chang-Lo pueda hacer nada por ella. Y quiero que su muerte sea particularmente estremecedora. Que sepa lo que es el miedo, antes de morir. Que conozca el sabor del pánico, mientras la Muerte se aproxima a ella, inexorablemente…

* * *

—¿Cree que es absolutamente preciso?

—Sí, lo creo. Tanto por sus nervios, como por su seguridad personal, amiga mía. El superintendente Temple está de acuerdo conmigo. Va a permanecer aquí, con nosotros, a salvo de todo nuevo riesgo que pueda amenazar a su persona, Ivy querida.

—Pero, doctor Vaughan, yo no estoy tan enferma como para permanecer aquí, tiempo y tiempo, confinada en una habitación… —protestó la hija de *sir* Nyland Smith, contemplando la estancia, pulcra y sencilla, de blancos muros, ventana enrejada sólidamente, a un patio interior, y puerta protegida del exterior con un sistema de alarma electrónica, que funcionaría en cuanto alguien pretendiera entrar, durante el día o la noche, en las horas en que Ivy permaneciese sola y cerrada.

—Claro que no está enferma en absoluto —sonrió el médico de cabecera de los Nyland Smith—. Padece sólo una leve depresión nerviosa, provocada por los últimos acontecimientos. Eso justifica nuestros cuidados. Pero también se ha comprobado que peligra, si insiste en continuar viviendo sola en aquella casa. Estará mucho mejor aquí, no lo dude…

—Pero como prisionera, doctor.

Prisionera… Tonterías, criatura —protestó Vaughan enérgicamente—. Ésta es mi propia clínica. Mi personal y yo mismo vamos a cuidar de usted, día y noche, pero sólo mientras la policía captura a sus enemigos y hace abortar todo peligro futuro. Posiblemente, sea cosa de unos pocos días.

—Unos pocos días… —Ivy meneó la cabeza negativamente—.

No conoce usted a Fu-Manchú, doctor…

—El doctor Fu-Manchú… —El doctor Hugh Vaughan hizo un gesto significativo con su cabeza—. No sé, querida amiga. Me resisto a creer en su existencia…

—Si él no existe, sí existen sus fieles sicarios. Personas continuadoras de su obra, tan siniestras como él mismo…, pero algo me dice que nadie hubiera sido capaz de aniquilar a mi pobre padre…, excepto el propio Fu-Manchú.

—Está bien. De todos modos, no deja de ser solamente un período de espera, un espacio de tiempo breve, a salvo de todo riesgo. Hay agentes de Scotland Yard, en la entrada y en los puntos clave de este edificio. Nadie pudo evitar que *sir* Nyland Smith muriera, pero no van a permitir que su hija siga el mismo camino, puede estar segura…

—A costa de vivir encerrada, temerosa de que algo pueda sucederme… —Ivy sacudió la cabeza—. No sé. Presiento que no va a servir de mucho…, si realmente se ha dictado sentencia de muerte contra mi persona.

—Una sentencia que jamás se cumplirá —afirmó rotundamente el doctor Vaughan, con energía y confianza. Presionó calurosamente los hombros de su joven paciente y amiga—. No tema nada. Creo que, en pocos días, quedará esto resuelto de modo definitivo. Y muy satisfactoriamente para usted…

—Dios le oiga, doctor… —Se sentó en el borde del lecho, cruzando sus bien torneadas piernas con descuido. Puso sus manos sobre la rodilla, y preguntó, de repente, mirando al doctor con curiosidad—. ¿Y el joven oriental? ¿Qué ha sido de él? ¿Sabe ya algo de él?

—¿De Chang-Lo? —Vaughan meneó la cabeza negativamente—. No, nada. Scotland Yard le busca intensamente por todo Londres. No puede tardar en caer. ¿Sigue usted creyendo de veras, que no pretendió hacerle daño la otra noche?

—Por el contrario, doctor. Estoy segura de que me salvó la vida. Sólo él pudo terminar con…, con los *dakois* del doctor Fu-Manchú. En eso, están de acuerdo también los de Scotland Yard. El conoce el procedimiento que utilizó su padre para crear esa legión de monstruos. Y por eso supo atacarles en su punto débil… muy a tiempo, por cierto…

—Pero… ¿por qué haría eso, por usted, un hombre que lleva la sangre de ese diabólico personaje en sus venas? —dudó el doctor Vaughan, perplejo. Luego, sin querer, su mirada se fijó en el rostro de Ivy, en su figura, en sus piernas… Sonrió, inclinando la cabeza —. Sí, perdone la pregunta. Fue una gran tontería, Ivy. Creo que basta mirarla… para saber por qué, incluso el hijo de Fu-Manchú, se convierte en su defensor más apasionado. Había olvidado que, además de todo eso…, es un hombre. Y muy joven, además.

—Lo extraño es… que si ese muchacho me defiende de los peligros creados por su padre, si él se ha puesto de mi lado en esta lucha…, ¿quién dirige ahora las maniobras de esa poderosa y terrible secta oriental? ¿Quién dirige al Si-Fan, una vez muerto Fu-Manchú?

El doctor Vaughan mostró su perplejidad con un movimiento de cabeza lleno de desorientación.

—Ivy, criatura, lamento no ser yo quien tenga respuestas a tales interrogantes, la verdad. Pero lo cierto es que nada sé de todas esas cosas, ni desearía saberlo tampoco —se encaminó a la salida de la habitación destinada a Ivy Nyland, mientras permaneciera en aquel establecimiento sanitario—. Creo que cuanto menos se sepa sobre esos horrores, tanto mejor será…

Estaba ya en el corredor, cuando Ivy recordó algo, y le hizo una pregunta:

—Ah, por cierto, ese pobre joven que estaba tan grave… ¿ha muerto ya?

—¿Harry Rawlins, el atleta? —Vaughan negó con la cabeza—. No, aún no. Posee una resistencia formidable. Es un gran tipo. Un físico poco común… He requerido los servicios del profesor Norman Edwards. Es uno de los mejores neurocirujanos del país, y quizá de toda Europa… Ha aceptado hacerse cargo del asunto. Le intervendrá mañana quirúrgicamente, pero es una operación desesperada. No esperamos que resulte nada. A ese muchacho, sólo le mantiene vivo su cuerpo, no su cerebro. Va a ser un esfuerzo más, pero completamente inútil, me consta. Su daño cerebral no tiene cura, amiga mía. Pero debe intentarse todo. Absolutamente todo, para que nuestras conciencias no nos puedan reprochar cosa alguna…

Vaughan la dejó sola. Ivy reflexionó sobre muchas cosas de las sucedidas últimamente en su vida. Y se preguntó, con un cierto temor indefinible, si realmente estaría a salvo de peligros en aquella clínica… o ésta se convertiría, tal vez, en un perfecto cepo para ella. Un cepo que la condujese a la tumba, sin remedio alguno.

* * *

Chang-Lo dejó a un lado el periódico. Se quedó reflexionando sobre cuánto había leído en la edición de aquella mañana. Eran muy prudentes los diarios de Londres, sobre la noticia. Tal vez demasiado.

Cuatro personas habían sido inhumadas. Una de ellas era el agente Burke, de Scotland Yard, víctima de un criminal. Los otros tres descritos como asesinos profesionales, agresores del policía y presuntos asaltantes de la residencia de *sir* Nyland Smith, muertos en el enfrentamiento con la policía.

Ni un comentario sobre él. Ni sobre Fu-Manchú, por supuesto. Ni siquiera sobre la rara naturaleza de los *dakois*, que forzosamente tuvieron que ser investigados a fondo, en la autopsia correspondiente.

—¿Por qué ese silencio? —se preguntó Chang a sí mismo—. ¿Qué busca Scotland Yard, con todo ello?

Evidentemente, olios sabían más, mucho más de lo que allí decía, pero practicaban la táctica del silencio. ¿Para sorprenderle a él? ¿A otras personas? Ni siquiera sabía si Ivy Nyland habría creído esta vez en sus palabras, al recuperarse del desvanecimiento. Lo único cierto es que todavía estaba huyendo, ocultándose, burlando, del mejor modo posible, a la policía que batía toda la ciudad.

Aquel sótano, inmediato al *pub*, era un buen refugio, por el momento. Un lugar seguro. Incluso con abundante cerveza, pero a Chang no le preocupaba la cerveza. Le bastaba con una lata para calmar su sed, de vez en cuando. Vivir escondiéndose no era agradable, pero no podía hacer otra cosa. No debía correr riesgos. Tenía muchos de quiénes esconderse, a fin de cuentas.

Chang no se dejó ver en todo el día. Esperó que cayera la tarde. Se puso entonces en movimiento. No tenía muchas ideas sobre el camino inmediato a seguir. Tras la evasión accidentada y dramática en el parque, la noche en que los dakois fueron eliminados, no

había querido correr nuevos riesgos, pero ahora sabía que Ivy estaba en peligro. Aquella joven, atractiva muchacha de dulces ojos azules y rojos cabellos de fuego, podía morir en cualquier memento. Sólo por ser hija de quien era, estaba marcada por la Muerte. ¿Era Tsai, su propia hermana, la vengadora de Fu-Manchú? ¿O lo era otra persona del
Si-Fan?

Chang-Lo tenía ciertas ideas al respecto, pero no veía claras las circunstancias. Había algo raro en todo aquello. Aun sabiendo que su padre estaba muerto, aun habiendo visto su cadáver, no podía olvidar lo que Tsai le dijera, cuando conducían el féretro con el cuerpo del doctor Fu-Manchú, en plena ceremonia funeraria:

—«Puedes asistir al funeral, Chang…, pero sólo hasta que cruce con él las puertas del Santuario del Dragón»…

El Santuario del Dragón… ¿Qué había ocurrido dentro de aquel recinto misterioso, lugar de refugio y de estudio del propio doctor muerto? ¿Qué misteriosa y siniestra ceremonia culminó la muerte del gran señor del Mal?

Chang-Lo estaba seguro de que allí se encontraba la clave del misterio, la razón de que ahora sobreviviera aún el espíritu maléfico de su padre…

De algo estaba plenamente seguro: fuese ello lo que fuere, era obra de su propio padre. Una continuidad más allá de la muerte. El secreto del retorno desde la tumba, tal vez…

Recorrió un sector de Chelsea, donde se hallaba escondido. Iba pensando en todas esas cosas. Temía por Ivy. Ella corría peligro. Un serio peligro, que quizá ni ella misma era capaz de advertir. Una amenaza invisible, suspendida en el aire… presta a caer en cualquier momento.

Y él conocía a su padre. Y a Tsai. Sí. Quizá caería. Súbita, repentina, trágicamente. No quería que fuese así. No estaba dispuesto a permitir que Ivy fuese victima de las artes diabólicas del genio del Mal. Vivo o muerto, no daría alcance a su víctima, pero ¿cómo evitarlo?

Chang se encaminó a la zona residencial donde se alzaba la finca de los Nyland Smith.

Se acercó hasta prudencial distancia. Esta vez, se sorprendió. Estaba todo oscuro, silencioso, herméticamente cerrado. La casa

tenía todo el aspecto de no estar habitada por nadie, en estos momentos.

Respiró hondo. Era lógico. La policía y su silencio en los diarios… Estaba en marcha su juego. Proteger a Ivy era lo primero. Y la habían ocultado en alguna parte. La idea no era mala, pero…

Pero resultaba ridículamente simple para un ser como Fu-Manchú… o quien le hubiera sucedido ahora en la máxima jerarquía del
Si-Fan.
Ellos también habrían previsto eso. Y les habría bastado vigilar de lejos. O tal vez más sencillo, aunque más oscuro y enigmático: el poder mental, la fuerza psíquica a distancia… Con esos solos medios, podía llegarse a saber tantas cosas… A intuir, a anticiparse… a penetrar en los más recónditos lugares… Después, una vez localizada la víctima, la amenaza se materializaba. Nada era difícil para ellos…

Chang caminó, impaciente, preocupado. Él, en cambio, no sabía nada. Absolutamente nada. No podía ir a la policía a informarse. No le era posible localizar a Ivy, montar guardia cerca de ella… Estaba seguro de que, estuviera donde estuviere, el peligro no andaba lejos…

—Cielos, ¿cómo podría encontrarla…? —musitó—. ¿Cómo…?

Pero ni la noche, ni las calles de Londres, ni la neblina otoñal, tenían respuesta alguna a sus preguntas. Siguió adelante, hundido en sus pensamientos, cada vez más hondamente preocupado.

Poco después, volvía a la lectura de uno de los diarios, en un rincón poco frecuentado, huyendo de la gente, del riesgo de ser identificado… Trató de distraer su imaginación con información de espectáculos, con deportes, con reportajes de actualidad… Leyó la reseña del grave estado de un atleta llamado Harry Rawlins, agonizando de derrame cerebral en una clínica privada, la del doctor Vaughan, y su inminente intervención quirúrgica, por parte del neurocirujano, profesor Edwards. Había fotografías del joven Rawlins, un coloso de más de dos metros, poderoso y lleno de vitalidad. Y, sin embargo…

Siguió adelante con su lectura, sin centrar demasiado la atención en nada de lo que examinaba. Mientras tanto, trataba de que su mente funcionara, intentando imaginar dónde se hallaría Ivy

Nyland Smith, en estos momentos… y cuál sería el plan siniestro, indudable, de los herederos de Fu-Manchú, en su plan criminal sobre la muchacha.

Por el momento, el fracaso más absoluto acompañaba sus reflexiones. No lograba ver nada claro, no sabía nada de nada, ni tenía medios de llegar a saberlo, a corto plazo. Eso le daba miedo.

Mucho miedo. Por Ivy. Y por todos…

Era el miedo a lo desconocido. A lo que, incluso él era incapaz de llegar con toda su joven imaginación, con su consanguinidad con aquel hombre de triste recuerdo…

Lo desconocido, que podía estallar en cualquier momento, en un auténtico paroxismo de horror.

CAPÍTULO III

El profesor Norman Edwards estrechó con calor la mano de Hugh Vaughan, director de la clínica privada donde se hallaba recluido Harry Rawlins.

—Es un placer saludarle, colega —dijo el eminente neurocirujano.

—Yo soy quien experimenta ese placer, profesor Edwards —suspiró Vaughan, con una amplia sonrisa de complacencia—. Va a ser un auténtico honor verle a usted operar en mi establecimiento, puede creerme.

—Imagino que el caso seguirá estacionario…

—Exacto, profesor. Estacionario, dentro de una extrema gravedad. Sus constantes se mantienen difícilmente. Sólo su formidable naturaleza le permite seguir con vida. Cualquier hombre hubiera muerto, hace ya días.

—Bien, vayamos a ver a ese coloso —sonrió penosamente el neurocirujano—. Lo peor es que su físico, poco puede hacer por ayudar a la supervivencia del hombre, en casos así…

Los dos hombres penetraron en la clínica. Fuera, agentes de Scotland Yard hacían una discreta guardia, en torno al recinto sanitario. Y, evidentemente, su presencia no la había pasado desapercibida al recién llegado.

—¿Por qué esa vigilancia en el exterior, doctor Vaughan? —Quiso saber el profesor Edwards, frunciendo el ceño—. ¿Se relaciona, tal vez, con nuestro paciente?

—¿La policía? Oh, no, profesor, nada de eso. Se refiere a otro paciente mío. Un caso sin ninguna gravedad, pero peligroso por otros conceptos.

—¿Algún delincuente? —Se inquietó el neurocirujano con tono grave.

—Por el contrario: una posible víctima del crimen, profesor. Por eso se vigila estrechamente el lugar. No se deja entrar a nadie extraño, en el recinto. Es una simple medida de precaución.

—Ya veo. ¿Cree que es total el control de seguridad? Yo, por ejemplo…, he entrado en la clínica —sonrió el profesor, con gesto irónico.

—Oh, usted… Es diferente. Se trata nada menos que del profesor Edwards, un eminente cirujano del cerebro… —rechazó Vaughan, escandalizado—. Yo me refería a personas realmente extrañas… sospechosas, ¿comprende, profesor?

—Lo comprendo muy bien —asintió el cirujano con tono grave —. E insisto: yo podría ser un impostor, haber falseado mi identidad de alguna forma… si mi proyecto consistía en asesinar a esa persona que usted guarda aquí tan celosamente…

—Bueno, vistas así las cosas… —Vaughan pareció confuso, y miró a su interlocutor, casi dibujando ahora una sonrisa divertida —. Supongo, profesor, que es usted realmente quien dice ser…

—No se preocupe —rió también Edwards ahora—. Lo soy. Pero quise señalarle la posibilidad que existe de que un criminal pueda disimular y entrar donde le interesa.

—Gracias por el escarmiento. En lo sucesivo, procuraremos que todos se identifiquen, sin lugar a dudas, incluso los miembros de esta clínica… Ahora, doctor…, ahí tiene a su paciente. ¿Qué dice de él?

Edwards se acercó al lecho. Se inclinó sobre el joven gigante que reposaba allí, en estado de coma, recibiendo suero gota a gota, en total inconsciencia. Le hizo un somero examen. Luego, estudió las radiografías y electroencefalogramas, que le habían preparado en el establecimiento sanitario del doctor Vaughan.

—Fatal —suspiró—. Por desgracia, no tiene remedio…, pero vamos a intentarlo todo, hasta lo más desesperado. Operaremos. Ahora mismo, doctor Vaughan.

—¿Tan rápido?

—Me temo que, si no lo hacemos así, luego puede ser demasiado tarde. Creo que le quedan menos de tres o cuatro horas de vida… Aunque, desde luego, no espere milagro alguno. Vamos a intervenir, con todo perdido. Sin posibilidad práctica alguna.

—Lo sé, profesor. En unos minutos, tendrá listo el Quirófano

Dos, con todo el personal disponible. Yo asistiré a la intervención…

—Gracias, doctor —suspiró Edwards, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Va a ser necesaria toda la ayuda posible…, aunque me temo que para nada.

Sólo diez minutos más tarde, enfermeras, médicos auxiliares, el doctor Vaughan y el profesor Edwards, penetraban en el Quirófano Dos, junto con su paciente. La intervención iba a comenzar.

Nadie pareció advertir que, sobre la mascarilla de quirófano, los ojos de una de las enfermeras eran particularmente negros y almendrados, como los de una oriental…

* * *

Ivy Nyland Smith tuvo un leve escalofrío.

Rodeó el cuerpo con sus propios brazos, pero sabía que no era frío lo que sentía, sino inquietud. Acaso miedo…

Era como un presentimiento. Algo sutil e inquietante. De repente, se había sentido extrañamente sola, sin protección, abandonada a su suerte. A su horrible suerte…

No parecía haber razón de ser para tal sensación. Estaba en su habitación de la clínica, con su puerta cerrada, el sistema electrónico de seguridad en funcionamiento, y con agentes de Scotland Yard deambulando por allá afuera, incansables.

Dentro del hospital, sólo había expectación e interés por el joven Rawlins. Lo cierto es que también deseaba su salvación, pero sabía que era casi un imposible. Rawlins moriría durante la operación, o después de ella. Todos estaban convencidos de eso. Sólo el hecho de sobrevivir esas fechas con el derrame cerebral, era un simple y puro milagro da fortaleza física, y nada más.

Ivy trató de leer en el libro que el doctor Vaughan le dejara para entretenerse. La elección no había podido ser peor. La joven examinó, con disgusto, su título: Historia y leyenda de los países asiáticos.

Lo tiró a un lado, casi escandalizada. Luego, lo recuperó, diciéndose que no tenía sentido temer una lectura, sólo porque mentalmente pudiera relacionarla con algo como lo que a ella le estaba sucediendo.

Abrió el volumen al azar. Fue lo peor que pudo hacer.

Emitió un leve grito, ante la lámina a color que ilustraba aquel

capítulo. Era una apergaminada imagen de un oriental de cabeza oval, cráneo rapado, alto cuello dorado, lacios bigotes delgados y caídos, y unos ojos extrañamente pequeños y malignos.

—¡Fu-Manchú! —Se quejó Ivy, apartando de sí el libro con repugnancia—. Dios mío, qué irritante casualidad… El doctor Vaughan pudo elegir algo mejor…

Era un volumen escrito en inglés, pero editado en Macao, con indicación expresa de que era la versión de una edición oriental en lengua china, publicada en Pekín. Dominando su miedo, Ivy hojeó el capítulo dedicado al señor del
Si-Fan.

Había pocas cosas que ignorase. La hija de Nyland Smith, sabía más de Fu-Manchú que el resto de los mortales, con la sola excepción de su propio padre. Cuando llegó a su final, el escalofrío de antes se repitió de tal modo, que subió por su espina dorsal, cosquilleó en su nuca, y erizó sus rojos cabellos de cobre vivo.

El párrafo final, sin saber la razón, le resultó vagamente inquietante y poco agradable: «… Y está escrito en los libros secretos del
Si-Fan,
aunque sólo sea un simple rumor, ya que nadie ha entrado jamás en los archivos confidenciales de esa secta filosófico-religiosa, creada para extender la raza amarilla por el mundo, bajo un signo de poder total.

»Está escrito que, si un día muere físicamente Fu-Manchú, señor de todos los caballeros honorables del
Si-Fan,
y futuro conquistador del mundo, su cerebro solamente será conservado, por legado y herencia que caerá sobre sus hijos o, en ausencia o defecto de éstos, en la persona de su mayor confianza… Ese cerebro conservará, mediante la ciencia superior de Fu-Manchú, todo su poder mental, incluso centuplicado paulatinamente, aumentando así el control de personas y cosas, hasta que solamente rija los destinos del mundo, y extermine a quienes sean sus enemigos seculares.

»Y el día en que sus herederos y depositarios, hallen el cuerpo adecuado, fuerte, lleno de salud y vitalidad… ese día, Fu-Manchú pasará a otra apariencia física, para, desde allí, oculto a los ojos del

mundo, llegar a su sueño de dominar la Tierra para su raza y para sí y su secta».

—Un cerebro… esperando un cuerpo para receptor SUYO… —repitió Ivy para sí, horrorizada—. ¡Qué espantosa posibilidad. Dios mío! Según eso… Fu-Manchú podría ser entonces cualquier persona llena de fuerza vital, de juventud, de fortaleza… Es todo lo que necesitaría el cerebro de Fu-Manchú para sobrevivir, más poderoso que nunca…

Dejó caer el volumen. El sistema de alarma fue bloqueado desde el exterior. Algo que sólo podían hacer las personas de confianza que controlaban ese procedimiento electrónico. Su inicial inquietud, su instintivo temor, dieron pronto paso a su tranquilidad, ante la presencia de la persona amiga y de total confianza.

—Ah, doctor Vaughan, es usted… —suspiró la joven, con alivio —. Por un momento, pensé lo peor…

—¿Incluso aquí tiene miedo? —sonrió Vaughan jovialmente—. Vamos, vamos, no puede ser tan miedosa la hija de *sir* Nyland Smith… No estaría nada bien.

—No soy miedosa, pero estoy preocupada, me sobresalto fácilmente… Oh, doctor, y encima, encontré ese volumen en mi casa… No era la lectura más adecuada…

Le mostró la lámina de color de Fu-Manchú, y el médico soltó una imprecación, con disgusto.

—Yo no di ese volumen para usted, Ivy —declaró—. Sería lo último que hiciera con usted, sabiendo su estado de ánimo. Ha sido esa enfermera, maldita sea… Le dije que cogiese el tomo seis de la serie… y se equivocó, tomando el ocho. No lea esos temas, Ivy. No le conviene a sus nervios, aunque sólo sean mitos sin fundamento.

—¿Todos son mitos, en absoluto? —dudó Ivy.

—Sí, todo. No es una obra de rigor científico. Se basa en simples suposiciones, y en leyendas populares, supersticiones y todo eso…

—¿Incluso…, incluso con el cerebro de Fu-Manchú? —quiso saber la muchacha.

—¿El cerebro de Fu-Manchú? —Vaughan hizo un gesto distraído, indiferente—. ¿A qué se refiere? No recuerdo haberlo leído nunca, la verdad…

—Es muy inquietante. Muy… horrible también. Léalo. Habla de la posibilidad de conservar ese cerebro con vida, en alguna forma…

para después, sin problema alguno, trasplantarlo al cráneo de otro hombre, joven, vigoroso y faene, en cuyo cuerpo viviría, el siniestro doctor, durante otro centenar de años, evidentemente.

—Oh, es un completo disparate. Imagínese una operación en la que el cerebro de Fu-Manchú estuviera esperando a tener un cráneo receptor, alojarse en él y…

—¡Doctor Vaughan! —Gritó, de pronto, Ivy, sujetándole por un brazo con fuerza—. Doctor, ¿es que no se da cuenta?

—¿Yo? ¿De qué debo darme cuenta? —Mostró el médico su asombro.

—Ese hombre. Harry Rawlins… al que están operando… Su cerebro está perdido virtualmente… Y, sin embargo, una eminencia médica como el profesor Edwards ha venido a operar… ¿No se le ha ocurrido pensar que, quizá…, quizás…?

—¡Ciclos, qué locura…! ¡Qué disparate, Ivy…! El profesor Edwards está aún en el quirófano, con las enfermeras y los demás doctores… operando el cerebro del joven Rawlins, no ningún otro, ¿comprende? No vuelva a pensar en algo semejante, por favor. Son muchos los testigos, mucho el prestigio de ese hombre como neurocirujano… ¿Cómo podría hacerse un trasplante de cerebro, imposible clínicamente todavía por otro lado… delante de tantos testigos?

—Hipnosis, doctor —replicó fríamente Ivy—. Mi padre lo decía: Fu-Manchú había sido el mejor hipnotizador del mundo… el más grande sugestionador de todos los tiempos…

—Hipnosis… Oh, cielos, no. No puedo creerlo —rechazó, encaminándose a la puerta de la habitación—. Voy a ver cómo va todo. Le diré lo que sucede en el quirófano, para su tranquilidad…

—No, doctor. Si quiere dejarme realmente tranquila…, lléveme a mí con usted.

—¿A usted, criatura? ¡Eso no tiene sentido! ¿Qué iba a adelantar, bajando conmigo al quirófano? Lo que pueda ver usted, lo veré yo, no lo dude.

—Sí, doctor, permítame que lo dude —objetó ella, con un brillo de triunfo en sus ojos—. Tal vez le interese saber una cosa: mi padre me enseñó a ser totalmente refractaria a la hipnosis y sugestión. Es decir, nadie puede sugestionarme o dormirme… Ni siquiera Fu-Manchú… Déjeme bajar con usted. Yo veré la verdad,

sin trucos ni ficciones. Y eso, Fu-Manchú no debe saberlo…, ni sospecharlo siquiera…

El doctor Hugh Vaughan, su médico y amigo, la contempló fijamente, con auténtico asombro. Parecía no dar crédito a lo que oía.

—¿Eso es cierto, Ivy? —preguntó, con voz ronca.

—Muy cierto, sí. Déjeme que se lo demuestre. Esa operación me preocupa. Si ello fuese cierto… ¡Fu-Manchú volvería más poderoso que nunca, y ni siquiera sería reconocido por nadie, amigo o enemigo! Sería volver al terror, al caos, a la angustia latente…

—No, Ivy. No va a bajar usted al quirófano, hasta que la operación haya concluido. No debe moverse de aquí, bajo pretexto alguno…

—Pero… ¿por qué, doctor, por qué? —Gimió Ivy—. Es tan sencillo… y podría demostrarle que tengo razón…

—Lo sé. —Vaughan la miró glacialmente—. Creo que dice la verdad, criatura… y por ello precisamente no puede bajar a ver lo que realmente sucede, antes de que nuestro amo, Fu-Manchú, no posea un cuerpo nuevo, joven, poderoso e invulnerable… ¿Lo comprende ahora?

—¡Dios mío! —Dilató sus ojos Ivy Nyland, con repentino terror —. ¡Usted, doctor! Usted… ha sido sugestionado, dominado por Fu-Manchú… Es otra de sus víctimas… como sin duda lo está siendo también ahora el propio profesor Edwards… ¡Les ha reclutado, dominando su mente, mediante la hipnosis!

—No, Ivy —rechazó Vaughan, con ojos centelleantes—. A mí no necesito sugestionarme, porque yo…, yo acepté servirle, a cambio de lo máximo que puedo pedirle a la vida: conocimientos secretos, que ningún otro médico poseyó ni poseerá jamás… y una fortuna para investigaron, para experimentos, para laboratorios y centros médicos de mi propiedad… Fu-Manchú necesitará ayudantes de confianza, en su nueva época. Yo…, ¡yo seré su principal ayudante, desde ahora! Su cerebro me habló, a través de Tsai Wong, su hija… y acepté el pacto. Por eso convencí a la policía para traerla aquí, Ivy, querida…

—Era una trampa… ¡Un cepo mortal! —gimió ella.

—Lo siento —sonrió Vaughan, con un gesto de resignación—. No tengo nada personal contra usted. Son órdenes. Sus órdenes. Y

nadie puede desobedecerlas jamás. Terminará todo muy pronto, querida. Sin sufrimiento apenas…

Y se volvió Vaughan hacia el corredor, más allá de la puerta defendida con red electrónica de seguridad, ahora tan inútil como si no existiera. Dio una seca palmada con sus manos extendidas.

Era la llamada.

La llamada para cinco *dakois* siniestros y espeluznantes, que emergieron, lentos e implacables, por el largo corredor blanco, en dirección a Ivy.

Vaughan se puso a un lado. Señaló a la joven. Su orden fue escueta:

—¡Matad! ¡Matad, fieles *dakois*! ¡En nombre de vuestro amo y señor…, matad!

Los monstruos sin alma se movieron hacia Ivy Nyland. Ella les miro, con horror. Esta vez no había escapatoria. Ni nadie que pudiera ayudarla. Vaughan la había conducido directa y eficazmente a la Muerte, mientras abajo, en un quirófano, un hombre gigantesco, joven, poderoso y vital, recibía en su hueco cráneo un cerebro prestado. ¡El cerebro del amo del Mal, del genio del Crimen!

Era el regreso de Fu-Manchú a la vida. Joven, poderoso, lleno de fuerza y vigor, con muchos, muchísimos años por delante, para convertirse de nuevo en el azote de la Humanidad.

Algo que Ivy, sentenciada a muerte, no iba a poder ver con sus ojos.

CAPÍTULO IV

Tsai Wong contemplaba, fascinada, la escena.

Se había bajado la mascarilla. Sus ojos almendrados se mantenían fijos en el profesor Edwards, cuya voluntad parecía resistirse, pese a todo, a culminar la operación.

Pero el poder mental de Fu-Manchú, pasando a través de su hija, era demasiado intenso para que el neurocirujano pudiera seguir resistiéndose a su acción. Paulatinamente, fue vencido por esa fuerza psíquica, lo mismo que ya antes habían sido dominados médicos y enfermeras.

Tsai dispuso, con voz fría, repitiendo instrucciones ajenas, recibidas en su mente, directas desde otra mente infinitamente superior a la suya:

—Profesor, siga adelante. Levante la tapa del cráneo al joven Rawlins… Corte los contactos que unen a la masa encefálica al resto del organismo: venas, arterias, tendones, nervios, músculos, tejidos… Todo lentamente, con calma absoluta. Espere. Las instrucciones para cortar y luego unir, las recibirá de mi padre y señor. Su propio cerebro dirigirá esta operación hasta el fin. Su mano se moverá guiada por él, por su mente maestra… hasta tener un nuevo cuerpo donde alojarse.

Lenta, insensiblemente, el profesor Edwards obedecía. Seguía, paso a paso, las instrucciones increíbles que, como a través de una médium podría hablar un espíritu, Tsai Wong recitaba, con los ojos entornados, como en trance. Recibiendo el mensaje telepático de su padre.

Allá, en otra mesa de operaciones, una caja negra, laqueada, con unos dragones dorados, parecía esperar algo. De ella llegaban las instrucciones, las órdenes, la lección magistral de neurocirugía que haría capaz un trasplante de cerebro, el primero en la historia de la

Humanidad.

El cerebro de Fu-Manchú… Su masa encefálica, flotando en un humor vítreo, dentro de una urna hermética. Todo lo que quedaba del gran hombre nacido para el Mal. Sus sesos, blandos, fofos, palpitantes allí dentro, emitiendo radiaciones mentales, descargando su inconcebible potencia mental a otros cerebros receptores…

Chascó el bisturí eléctrico para huesos, con el zumbido de la sierra sobre la tapa del cráneo del joven Rawlins… Virtualmente, éste estaba ya muerto, en pleno estado de coma preagónico. Su vida se extinguía. Una masa encefálica con coágulos de sangre y lesiones irreparables, emergió en su bóveda craneana.

—¡Corte, profesor! —Ordenó el cerebro de Fu-Manchú, a través de las vías psíquicas de su hija Tsai Wong—. Empiece. Yo le guío…

Un corte, otro, otro… El bisturí separaba la masa pastosa y amarillenta del resto del cráneo. Salió en dos trozos. La vida de Harry Rawlins terminó bruscamente al caer el seso fuera de su soporte óseo, e ir a parar a un cubo de desperdicios del quirófano, entre gasas y vendas ensangrentadas.

—¡Ya! —Triunfalmente, la voz de Tsai acogió el fin de la primera etapa de la diabólica intervención que, despreciando una vida posible capaz aún de ser salvada, o cuando menos digna de luchar por ella, dejaba ahora el hueco preciso para el encéfalo de Fu-Manchú…

La caja de laca negra y dorada se abrió casi con fervor religioso, en manos de Tsai.

Rostros inexpresivos, de personas hipnotizadas, asistían a la escena. No revelaron emoción alguna cuando apareció ante ellos aquella masa grisácea y blanda, palpitando, emitiendo destellos de luz cárdena de sus electrodos, como prueba de la formidable potencia contenida, capaz aún de paralizar a cuantos le rodeaban, si así lo deseaba…

El profesor Edwards, como en trance, desprendió los electrodos, uno a uno. Depositó el seso que goteaba un líquido espeso, aquél donde se conservara hasta hallar su nuevo alojamiento, sobre el hueco craneal del infortunado Rawlins.

—Ahora, profesor, mucho cuidado —avisó Tsai fríamente—. Vaya uniendo de este modo. Por este mismo orden, no lo olvide. Un

leve error… destruiría la operación. Y también el cerebro de mi magnifico padre…

Edwards empezó a unir y coser pacientemente, uno a uno, los extremos de aquella masa repugnante, todo potencia y dominio de los demás, pero ahora indefensa, durante los minutos que durase la conexión a los centros nerviosos, arterias y tendones del cuerpo inerte de Rawlins, que pronto volvería a palpitar con una nueva vida prestada, diabólica y terrible.

Una vida capaz de cambiar el mundo, y hacer de él un infierno de terror y de odio.

Sucedió a mirad de operación.

Súbitamente, las puertas del quirófano se abrieron con fuerte impulso. Tsai se volvió, emitiendo un grito horrible, fulgurantes sus ojos.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás, en nombre de mi augusto padre!

Y su mano enarboló un centelleante puñal, que arrojó sobre el policía de uniforme asomado al quirófano. Gritó agudamente éste, cayendo de bruces, con el horror reflejado en su semblante.

Se quebró el sortilegio hipnótico. Edwards pestañeó, pareciendo despertar de un trance horrible. Tsai vio, con horror, que hasta una docena de policías, uniformados o de paisano, éstos últimos con armas automáticas en sus manos, invadían las dependencias de la clínica, penetrando en alud en el sangriento, alucinante Quirófano Dos.

¡Y con ellos, llegaba Chang-Lo, que gritó agudamente, al ver a su hermana, y descubrir lo que sucedía!

—¡Lo imaginaba! —gritó—. Ese periódico que hablaba de Rawlins, me dio la clave… Imaginé que ese maléfico cerebro necesitaba un nuevo aposento… Me lo jugué todo a una baza. Y di mi informe a los policías del exterior…

—Traidor… ¡Dos veces traidor, Chang-Lo, aun antes de que tu padre pudiera someterte a prueba! ¡Traidor a tu propio padre y a tu sangre…! —aulló Tsai Wong.

—Es una locura, Tsai. Tú y él estabais locos… —jadeó Chang, mientras la policía ocupaba el quirófano dantesco—. La muerte llegó para él, y es lo mejor que pudo ocurrirle. Paz y reposo eterno, no una monstruosidad tras otra… Profesor, ¿se da cuenta de lo que estaba a punto de hacer, obligado por ella y por ese cerebro que

usted mismo trasplantaba…?

El profesor Edwards asintió, como aturdido. Miró a Chang, luego a Tsai… Finalmente, a la masa encefálica sobre la que aún apoyaba sus dedos…

Tomó rápidamente su decisión. Fue brutal e imprevisible, pero quizá fue lo mejor que podía suceder.

Edwards aferró el bisturí. Golpeó con él, desbarró…

Hendida en vanos trozos, la masa encefálica del cerebro de Fu-Manchú pareció vibrar, saltar como un animal vivo… y Tsai emitió un interminable, atroz, espeluznante grito de agonía, que era como si ella misma lo profiriese…

Luego, a los ojos de todos, sucedió algo escalofriante en el quirófano…

El rostro hermoso de Tsai se cubrió paulatinamente de arrugas, se tornó grisáceo y caído, se desmoronó como ceniza, en un amasijo cruel de carne envejecida, carcomida por los años…

Y cayó a los pies de los horrorizados médicos, convertida en una agonizante pavesa humana, en la que nada de belleza quedaba ya…

—Dios mío… —jadeó Chang-Lo, cubriéndose los ojos con arabas manos—. Dios mío… Mi hermana… era, quizá la primera hija de Fu-Manchú… Vieja, muy vieja, casi como él mismo… Y al morir lo último que la aferraba al mundo de mi padre, su cerebro ya hundido en el silencio eterno…, el hechizo se rompió… Como imagino que pasará con los dakois, ya sin nadie que los controle y dirija…

Entonces sonó, arriba, el agudo grito de mujer. Chang-Lo se volvió, angustiado. Miró al superintendente Temple, al profesor Edward…

—¡Ivy Nyland! —Rugió el joven oriental—. ¡Arriba…!

Se precipitó hacia los pisos altos, como un desesperado. Cuando alcanzó el piso donde se hallaba Ivy, comprendió que tampoco hacía ya falta su presencia allí para salvar a la muchacha.

Porque cinco *dakois* yacían en el suelo de baldosas, totalmente rígidos e inmóviles, como muñecos rotos e inútiles ya. Sin la voz mental de su amo, ya no eran nada…

Ivy, muy pálida, miraba entretanto a Vaughan, musitando:

—¿Es posible? Usted se vendió a ese loco maníaco… ¡sólo por dinero y conocimientos…!

—Doctor Vaughan, lo siento de veras —suspiró Chang-Lo, con ironía profunda—. Si se ha vendido a Fu-Manchú hizo mal negocio. Todo se ha terminado ya. Y Fu-Manchú no ayudará ya a nadie que se deje sobornar por él precisamente…

Se acercó a la joven. La miró directamente a los ojos. Ella sonrió débilmente.

—Otra vez… vino a salvarme, ¿verdad? —murmuró.

—Si —asintió Chang-Lo, con lento movimiento afirmativo de cabeza—. Otra vez. Y cuantas sean precisas…, pero ya no hará falta ninguna más.

—¿Su padre…?

—Había muerto ya, antes de ahora. Lo demás era una pura locura, un disparate sin sentido. Espero que, al menos ahora, haya encontrado la paz definitiva…

Tomó a Ivy por una mano. La llevó consigo hacia la escalera de la clínica. Temple subía ya, y, a un gesto de Chang-Lo, se hacía cargo de Vaughan, roto y vencido.

—Esta vez, si —murmuró Chang-Lo—. Esta vez… ha muerto el Dragón…

EPÍLOGO

Chang-Lo contempló pensativo el complejo laboratorio. Se volvió despacio hacia su acompañante.

—Ahí lo tienes… —murmuró—. Éste, pensaron que era el nuevo imperio del genio… El trampolín desde el cual lanzar hacia el futuro al hombre capaz de convertirse en amo del mundo.

—Sí, Chang-Lo, lo sé… El…, él había logrado algo maravilloso con el cerebro humano, ¿no es cierto?

—¿Maravilloso? —Chang se encogió de hombros, sombrío el gesto—. No sé, Ivy. Eso es algo que quizá nadie sepa jamás… Un cerebro humano… trasplantado a otro ser viviente. Una mente genial, en un cuerpo caduco, pese a sus grandes experimentos gerontológicos que le iban rejuveneciendo paulatinamente… ¿Es eso maravilloso o una monstruosidad?

—Todo depende de la utilidad que se le quiera dar, Chang…

—Sí, Ivy. Posiblemente de ello dependa todo, no lo pongo en duda… Pero sea como fuere, en este caso era algo monstruoso. Mi… mi padre buscó crearse un nuevo cuerpo para su mente privilegiada. Era injusto. Ese cuerpo joven, vigoroso, atlético, capaz de resistir otra vez años, décadas, generaciones enteras… Era como convertirse en inmortal. Había logrado la suspensión animada de su cerebro, darle vida y fuerza magnética sobre todo otro ser viviente, aún sumergido en una urna… Pero necesitaba una forma física. No se conformaba con ser sólo… una simple masa encefálica, flotando en un recipiente de vidrio y dominándonos a todos a distancia. Ése fue siempre el mal de ese hombre que me dio el ser: pretender ir más allá, llegar más lejos que nadie, Ivy…

La hija de *sir* Nyland Smith contempló largamente a su joven compañero de exóticos rasgos. Por un momento, pareció dudar sobre muchas cosas. Finalmente, se retiró, dejando de mirar hacia el

laboratorio siniestro, que fuera en Londres el reducto final para el más agudo y maligno cerebro de los últimos tiempos. Y quizá de todos los tiempos…

—Vamos de aquí —musitó—. Creo que su influencia sobrevive todavía en estas cosas, en estos objetos…

—Sí, vamos —el joven la rodeó con su fuerte brazo, llevándola afuera—. Pero nada temas, Ivy. Ya nada queda con vida de mi padre. Ni siquiera su cerebro…

* * *

—Su cerebro, Chang-Lo… —*Sir* William Boyle, de *Intelligence Service*, contempló pensativo los destrozados fragmentos de masa encefálica que, lentamente, las pinzas de los científicos situaban sobre una plataforma de vidrio—. ¿Será prudente reunir sus fragmentos?

—Supongo que no hay riesgo en ello —suspiró el superintendente Temple, de New Scotland Yard—. Son sólo trozos de cerebro. Ya no hay vida en ellos… Está clínicamente comprobado. Yo mismo me preocupé de ello, antes de autorizar su recogida y examen. Me temo, sin embargo, que nunca se descubra cosa alguna sobre los secretos de la más genial mente de estos tiempos. Es algo que murió con él mismo y con su cerebro, *sir* William. Quizá por fortuna para todos…

—Fue un momento afortunado aquél en que recordé a ese atleta formidable, a punto de ser intervenido —habló Chang, pensativo—. Eso me hizo pensar… Comprendí lo que planeaba mi padre, lo que transmitió a la mente de Tsai Wong…

—Muchacho, usted ha sido muy valioso para nosotros —admitió *sir* William—. Lástima que se viera perseguido, acosado…

—Eso no tiene mucha importancia, señor —rechazó Chang-Lo—. Desde que uno nace, admite su destino. Y mi destino era ése: la sombra de Fu-Manchú, eternamente sobre mi persona. Por ello luché desesperadamente por ser alguien diferente a su mundo, por rebelarme contra sus ideas y sus proyectos de conquista del mundo… Creo que tuve un padre loco. Yo no le reprocho nada. Sólo que… no quise ser controlado por él. Ni ser eliminado por su poder, cuando comprendió que no podía dominarme como a Tsai Wong…

—No creo que sea cuestión de sangre oriental u occidental —

comentó el superintendente James F. Temple, con tono tranquilo—. Ni mucho menos… Los chinos están satisfechos de que el siniestro doctor haya perecido realmente. Los japoneses, también. Eso significa que el Mal no tiene color. Ni sangre ni raza. Se puede ser perverso o magníficamente honrado, sea uno de donde sea. Quizá los propios asiáticos hubieran sido las primeras víctimas, de haber llegado, realmente, el imperio mundial del doctor Fu-Manchú, Señor del
Si-Fan,
amo de los *dakois*, genio de la química y la biología… Sí. Pudo ser el fin de muchas cosas en este mundo, buenas o malas.

—Pudo serlo. —Chang-Lo se puso en pie, avanzando hacia Ivy Nyland Smith, que asistía a la reunión en el confortable salón de *sir* William—. Pero no lo fue. Y de ello, salió algo hermoso, cuando menos: la posibilidad de que los enemigos dejen de serlo en la sangre de sus propios hijos… Ivy y yo… vamos a casamos.

—Vaya… —suspiró James F. Temple—. Eso, de haberlo oído *sir* Nyland y el doctor Fu-Manchú, estoy seguro que hubieran sufrido un auténtico colapso a la vez…

—Seguro —rió Chang, rodeando con sus brazos a Ivy, que le miró tiernamente, apoyándose en su fuerte pecho—. Pero en los hijos, no existen ciertas taras que se han llamado genéticas a veces. Lucharé en el futuro por hacer olvidar a mi padre. Y Ivy tratará dé olvidar lo que separó al autor de sus días… y a quien, dándome el ser, quiso luego quitármelo… En suma, caballeros: en el olvido, en la nueva vida, en el futuro, está el destino del mundo, no en el recuerdo del pasado ni de los monstruos que pudieron haber cambiado el curso de nuestra existencia…

Se encaminaron a la salida. Los dos hombres, el político y el policía, vieron salir a ambos jóvenes de la estancia. Luego, se miraron entre sí. Brindaron con oporto.

—Por que se olvide alguna vez a un hombre… o un superhombre… llamado Fu-Manchú —dijo con voz sorda el superintendente Temple.

—Por eso… y porque esos trozos de cerebro recién recogidos… —señaló *sir* William la plataforma de vidrio en la que el forense situaba los últimos vestigios del más temible y poderoso cerebro de la Tierra, antes de tomar un sorbo de su propia copa— nunca se

reúnan para que el Dragón recupere su inteligencia y su poder…

—No terna, *sir* William —suspiró el policía—. China y Japón viven. Vivirán siempre, porque son grandes países, grandes razas… Pero el Dragón, ese oscuro dragón terrible que simboliza el padre de Chang-Lo… ha muerto. Ha muerto definitivamente…

—Amén —musitó por toda conclusión *sir* William Temple, apurando su oporto.

Y luego, acercándose a la ventana, miró al exterior.

Chang-Lo y la bella Ivy Nyland Smith, tomaban en esos momentos un rojo autobús londinense, rumbo a alguna parte.

Eran otros seres. Otra época. Otra vida.

Fu-Manchú había perdido su batalla. Su última batalla…, después de muerto, desde el reino de las sombras.

El cerebro del Dragón había sido derrotado en su propio mundo de terrores desconocidos y diabólicos. Quizá porque al morir físicamente, ya había sido marcado el destino del siniestro doctor. Y su último esfuerzo por sobrevivir a su propio destino, fue completamente inútil.

Por fortuna para el mundo.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.